

LEONARDO VILLEGAS

PARAPENTE

A surreal illustration of a fish, possibly a trout, wearing a metal harness and jumping out of a lake. The fish is suspended in the air, and a large, dark, bat-like parachute is deployed behind it. The parachute is connected to the fish by several ropes. The background shows a forest with autumn-colored trees and a landscape under a blue sky with clouds. The fish's reflection is visible in the water below.

Cuento

ARBOLEDA EDICIONES

Parapente

Parapente

Leonardo Villegas

Editorial Arboleda
2016

Parapente

© Leonardo Villegas Gómez. 2016

Correo electrónico: info@leonardovillegas.com

Sitio Web: www.leonardovillegas.com

863.44

V734p Villegas Gómez, Leonardo

Parapente / Leonerdo Villegas Gómez. – 1ª. ed. –

San José, C.R. : Arboleda, 2016.

ISBN 978-9968-536-51-6

1. Cuentos costarricenses. 2. Literatura costarricense.

I. Título.

Producción editorial: Américo Ochoa.

Ilustración de portada: Leonardo Villegas.

Revisión de pruebas: Guillermo Fernández y José Solís.

© Editorial Arboleda. Primera edición. Setiembre, 2016.

Impresión: Manuel Ochoa, Martín Coto y Leonardo Villegas.

Sitio Web: www.editorialarboleda.com

e-mail: libros@editorialarboleda.com



La presente edición fue patrocinada por el
Programa de Cultura de la Universidad Continental de las
Ciencias y las Artes. UCCART. (www.uccart.com)

De conformidad con la Ley No.6683 de Derechos de Autor y Derechos Conexos, es prohibida la reproducción total o parcial en cualquier forma o medio, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, grabadoras sonoras y otros, sin el permiso de la editorial. Hecho el depósito de ley.

*A mis hijos
Daniel, Bernal y David
en perpetuo anagrama viviente.*

PRÓLOGO

Parapente es el primer libro de prosas poéticas y narraciones breves de Leonardo Villegas. En algunos casos encontraremos sugestivas descripciones que bordean la poesía, más que el relato, con cierres mágicos, indescifrables, de múltiples lecturas. Y en todas encontraremos ese gusto de Villegas por el extravío, la ruta innominada de la infancia y lo que nos quedó como un paraíso al que se visita con los ojos de una necesaria redención.

El libro está constituido por cinco partes: “Longitud de onda”, “Los incendios”, “Caída libre”, “Anamorfosis” y “Baja frecuencia”. Apostamos en que la utilización de términos propios de la física tiene un doble sentido. Reproduce la intencionalidad de otra lógica donde no existe el canon de las fuerzas de la materia.

Villegas es un poeta-narrador que persigue rescatar el asombro filosófico del almacén de objetos perdidos donde lo dejamos. Narra para suscitar el eco de la posibilidad onírica, de la que tanto se nutre.

Los escenarios descritos nos remiten a paradojas idílicas, utópicas y a veces, también, pesadillescas.

Se visitan lugares donde uno se queda para siempre, felizmente atrapado, o donde algo nos excluye por ser solo evocaciones de un recuerdo que es también un mundo ya impenetrable.

En la primera parte, “Longitud de onda” –distancia real que recorre una perturbación (una onda) en un determinado intervalo de tiempo–, una mujer abre el libro como una hechicera de otra vida. Ingresamos a un universo imposible. Un universo donde el autor es arrojado como somos puestos, de súbito, en los sueños. No se tiene ningún mapa del sitio donde nos encontramos.

Nos enfrentamos a parajes donde somos leopardos perseguidos por niños o donde somos los amos del aire y el vértigo es una experiencia que se celebra. Bien estamos en la Plaza de la Cultura, que no es la familiar, la que todos hemos transitado, o en la plaza atemporal donde hay un mago que se recuerda.

Aludimos el hermoso texto, “Paisaje”, donde se festeja la “mano suelta” del niño, aquella que los adultos temen porque parece caótica. Sin embargo, en este universo, el niño es el pintor por excelencia o quien hace “el cielo con sus manos”. A este sigue “Casa de madriguera”, un retrato del niño que ya va dejando de serlo, o, “Kuma”, un ser extraño que podría ser cualquier animal o fabulación a la que no podríamos poner nombre.

“Los incendios”, segunda parte, son relatos que bien podrían haber estructurado una novela fantástica. Su énfasis es la amistad con el Bosco, de quien Villegas es visible admirador. Nos parecen ficciones ricas, inclasificables.

En “Caída libre” (movimiento de un cuerpo bajo la acción exclusiva de un campo gravitatorio), nos topamos con ese tema que obsesiona al autor: el problema de las ataduras gravitacionales, la fe en lo invisible, la aspiración al juego aéreo, a la poesía por sí misma, que es pérdida de todo bulto, molde y aburrimiento.

A nuestro criterio, Villegas profesa una atracción fantástica por el vuelo que solo concede la ensoñación, donde por nostalgia o envidia de las aves, creemos tener alas y solemos visitar mundos de los que luego solo tenemos una sed melancólica. Muchas de sus prosas poéticas y narraciones exploran la obsesión del vuelo, la idea de una libertad que solo puede darse en los aires. Hay en este libro esa provocación sutil, en forma de cuento inocente, de hacernos comulgar con el sueño del autor, porque todos tenemos ese sueño: “Comencé a dibujar en la pared una experiencia que me gustó, porque al fin me salí de los límites de la hoja.” Y la hoja es un mundo muy pequeño, acaso mezquino para vivir. El Villegas poeta es “el hombre que viaja detrás de la ventana... Ese que es libre y sobrepasa el paisaje de nuestros horizontes”. Por eso nos encontramos justificaciones vertiginosas como “Los aviadores”, donde se increpa a los humanos que “evaden todas las nubes oscuras y tormentas. No conocen el rayo, el viento en el rostro”. O, “Zambullida”, vuelo oceánico, pero vuelo al fin. O el mismo, “Caída libre”: “Un resbalón me sorprende y caigo desconocido entre las sombras”.

Las notas sobre esperanzados vuelos, vuelos metafísicos y sentires bondadosos con respecto a la visión alta, también se acompañan de las miradas a los espejos, como en “Oscuro”, donde el escritor exclam-

ma: “Lo oscuro tiene forma de mí, me veo al espejo y lo siento en lo profundo de los ojos”. En general, la parte oscura es bien retratada y exige su lugar en las fantasías reales de Villegas. Por otra parte, nos interesa subrayar “El gato blanco”, un paisaje de la cotidianidad que solo puede ser majestuoso, por su maravillosa simplicidad.

Las muchas referencias al vuelo solo pueden indicarnos que Villegas ha hecho de una fantasía infantil un camino de salvación íntima.

“Anamorfosis”, cuarta parte del libro y que refiere la técnica para deformar objetos con sutilezas ópticas, reúne relatos más concretos, en los que el tono misterioso y mágico del autor no dejan de persistir. “El amor de Olympia”, la máquina de escribir heredada; “La entrada”, lugar añoso y extraño que se vuelve a visitar; “Equipaje polaroid”, lo que encierra una fotografía; “Las manos de Adolfo”, una de las narraciones más hermosas, el niño que desaparece y el fantasma de la tía abuela; “Micho”, la rara tradición familiar de abrazar a los muertos, entre otros de especies semejantes, que nos pareció extraordinaria. En general, se cumple esa anamorfosis de la realidad. Esa sensación de que el autor nos introduce a espejismos ópticos y pasadizos por los que hay sorpresa... un nuevo mundo.

Termina el libro con “Baja frecuencia”, quinta y última parte. Son varias narraciones que se refieren a la vibración y al enigma de esos sonidos que emite el cosmos, en una frecuencia que solo capta quien a veces se silencia. De nuevo la tesis física deviene danza y poesía.

Villegas es un narrador que debe mucho a su poeta, al niño que aún traza para él los rumbos de un vuelo insaciable y redentor. Logra su temática seducir lo que está en nosotros como un paraíso oculto, ese de los anhelos primordiales. Cada relato es una metáfora que no termina con una lectura, la cual parecerá solo un juego, un juego de quien juega en serio.

GUILLERMO FERNÁNDEZ

Agradecimientos

Este es un pasaporte metafísico. Un orificio de gusano hecho entre las hojas que nos transportan a los dólmenes que erigen una vida como el esqueleto de un cuadro donde la imaginación se frota. Pues se trata de cuentos tan cortos que la narración se hace completamente sugerente y requiere de la supervivencia imaginaria personal del lector.

Y en esta línea habrá que mencionar algunos hechos relevantes acerca de este libro; por ejemplo, que al menos un cinco por ciento se publicó en Internet y se empezó a esparcir como semillas de estímulo creador imaginario: En el año 2011 me solicitan el permiso de utilizar unos de los cuentos publicados en mi sitio Web, para uso en las lecciones de locución del Instituto Nacional de Aprendizaje (INA). De ahí resultó un bello trabajo que consistió en un *CD* con mis cuentos locutados. La grabación fue dirigida por las profesoras Ana Víquez y Mariella Guth. Trabajo que posteriormente, inspiró con otros textos a la creación del *Teatro de la Mente*. A ellas y su grupo mi total admiración y agradecimiento.

Posteriormente, seleccionaron otros de mis cuentos como inspiración para la realización de cinco sinfonías, las cuales fueron compuestas por el

maestro Víctor Buey Bellando, dos de ellas ejecutadas por la Orquesta Sinfónica de la Universidad de Costa Rica y presentadas en el Teatro Nacional, el 24 de noviembre del 2012, bajo la dirección del maestro Alfredo Bonavera. Uno de los cuentos, “*Zambullida*”, fue interpretado por Guadalupe González. El otro cuento, “*Parapente*”, fue interpretado por el actor Eduardo Carrillo. Además, contó con animaciones digitales realizadas por Eduardo Brenes y la edición de Grettel Monge. A todo el equipo que trabajó en este montaje, mi más sincero agradecimiento. Especialmente a Víctor Buey por convertir mis cuentos en sinfonías y llevarlos a un plano de alcance que jamás pensé posible cuando los escribí.

Otro de los cuentos que ha servido de inspiración creadora es “*La casa*”, que fue adaptado para una obra de teatro por el grupo *ElCatre* y se presentó en diversos escenarios. Su estreno se realizó el 26 de octubre del 2012 en el Teatro Giratablas, como parte del espectáculo “*Vestigios*”, con tres adaptaciones de cuentos costarricenses. La obra fue adaptada por Yeri Padilla Oviedo, y dirigida y puesta en escena por Elisua Solano. A todo el grupo y a su director mil gracias por su aporte creador. Un honor.

Agradecer en especial a mis amigos y editores Américo Ochoa y Guillermo Fernández en el proceso de corrección y publicación. Así como a José Solís también por su colaboración como lector de pruebas.

Finalmente, he de mencionar que este libro nace del trocar lúdico con mis hijos Daniel, Bernal y David, a ellos que son mis lectores y críticos primarios, mi agradecimiento y dedicación.

LEONARDO VILLEGAS

Longitud de onda

OCTAVAS INFRARROJAS

Era claro que esa casa me traería un recuerdo de otra vida. Desde que la soñé con su patiecito de luz hecho de ladrillo de adoquines moros y filigrana en los ornamentos de los muros. Hasta que al fin un día me acerqué y toqué la puerta. Desde ahí ya el sonido de la verja me vibró profundamente grave en el alma, apenas golpeé con los nudos cimbró su onda ontológica como un órgano antiguo de octavas infrarrojas. Me abrió la puerta y me dijo que ya me estaban esperando en el preciso instante que quise hablar. Me adentré por el semioscuro pasillo de arco de medio punto, en medio de la humedad de la piedra donde el musgo suavizaba el eco de su voz.

El espacio era por dentro un observatorio astronómico, circular, abovedado.

Ella me habló por primera vez de los internautas que viajaban enredados en mi cuerpo. De sus extensas ramificaciones en la cúpula celeste. De su llegada pronta por los ductos oníricos donde el cuerpo se destensa. Me enseñó una especie de ocarina a la medida interna de mi mano. Me explicó que el agua por dentro producía un sonido particularmente bajo

y este en algún momento sería la forma de escuchar y ver a estas criaturas.

Su sonoridad particularmente mía. Visible solo dentro de ese lugar al que no volví jamás. Me llevó exacto al punto donde supe el momento preciso, la señal de otra escala, para soplar desde el agua de mi cuerpo.

I

NIÑO REY

*A Daniel,
emisario de la nobleza natural*

Ellos saltaron al paso de mi huella. Empecé a correr por la selva cerrada, árboles y hojas levemente oscuras estaban cerca, me seguían. Me empecé a preocupar cuando tropiezo con una raíz y volteo a ver mis piernas y me doy cuenta que son patas, pero patas de leopardo. Sí, no era un humano. Me puse a correr velozmente y fue entonces cuando escuché por primera vez un murmullo de multitud o más bien de enjambre alborotado. —Son cazadores de leopardos, a correr.

Como una sonda de radar, los sentí casi rasgando mi piel manchada, mi cabeza ancha, mis colmillos lindos y mi cola. Agotado de esconderme, decidí por fin enfrentarme, di vuelta de golpe procurando el mejor rostro feroz. Listo para soltar un hondo rugido

de mi alma. Con la sorpresa tal vez de ver que ellos —los que me perseguían— eran solo niños.

Más tranquilo, me di vuelta violentamente, solo para asustarlos, ja, ja, jugueteé al malo, al bravucón por buen rato... Tenían miedo. Seguí el juego por el bosque. Los dejé que me pastorearan hasta llevarme al centro de la selva.

Llegamos al punto, al espesor del verde oscuro, allí me impactó encontrar algo nuevo. Unas columnas realmente gigantes, un templo con una enorme puerta de piedra. Supe de inmediato que debía entrar, la curiosidad de todas formas me impedía devolverme, ya estaba allí en el descubrimiento de ese umbral de selva. Todos querían que entrara, lo sentí como una trampa, los vi a los ojos pero sus miradas eran buenas. Confié y me aventuré a pasar.

Si alguien había descrito a Salomón, créanme que estuve allí. El piso se inclinaba levemente. Solo las luces de las velas iluminaban ese techo de catedral y los espacios enormes se vestían de sombras. Al fondo estaba él, como un rey, con su pelo de mango chupado hacia arriba y la sonrisa cautivadora.

Pude salir antes de que cerraran las puertas, pero no lo hice. Decidí quedarme y ver cómo sonreía.

II

AVENTURERO DE LAS NUBES

A Bernal, desde todo vuelo sagaz

Estaba volando en mi nube, en eso escucho a unos niños, miro por varios costados, pero no los encuentro. Estoy inserto en el espacio girando a gran velocidad, abajo está el mundo, el globo terráqueo diminuto en traslación. Pero sigo escuchando niños jugar... De pronto, veo hacia arriba y ahí están los pequeños, en otra nube más alta, a unos diez metros sobre mí. Me sorprendió verlos, creí —hasta ese momento— que todas las nubes eran mías, que podía volar en solitario por el espacio y ver a los humanos lejos de su esfera de máquinas y ruidos.

Ellos también me encontraron, rápidamente los veo organizándose para saltar a mi nube. Eran tan pequeños, pero ya intentaban pasarse a este transporte gaseoso y semicongelado. Cosa peligrosa a esa distancia de la tierra.

Por supuesto, que eso acabó con mi paz. Y me quedé atento a ver qué sucedía en ese reto olímpico en

la atmósfera. Viendo cómo hacían fila, se intentaban lanzar y se arrepentían. Uno, más aventurero, se quedó mirando directo a mis ojos. Me escogió. Supe que él tenía determinación total. Retrocedió unos pasos, corrió a gran velocidad y se lanzó. Yo sabía que no iba a alcanzarme, nos separaban entre nubes muchos metros de distancia... Lo vi venir con los brazos extendidos, los ojos abiertos y sin miedo.

Solo tuve unos segundos para decidir. Me lancé también y lo alcancé en el aire con un abrazo de padre. Él solo sonrió. Sabía que nunca dejaría caer al más valiente viajero del espacio.

III.

IMPREDECIBLE CÓSMICO

A David, maestro de la alquimia

Aparezco de pronto, haciendo burbujas de jabón. No me había terminado de dar cuenta, cuando veo en el espejo el reflejo de un payaso soplando una burbuja. Ahí estaba nuevamente en público, con mi terror escénico, justo en la Plaza de la Cultura y una muchedumbre aplaudiendo. Ando puesta la nariz roja de por vida, será por la rinitis crónica o porque nunca logré superar las alergias del polvo y los cambios del clima. Pero todos aplauden; debo tener algo de gracia, me dijo un día el maestro Arnoldo.

En medio de mis reflexiones, me pedían otra burbuja de jabón. Y se las di. Tomé impulso, respiré hondo y ¡suuuusss! Inflé otro globo transparente y lo solté como un Ícaro. Todo marchaba perfecto, ya era ese payaso sonriente y exitoso, aunque aterrorizado por el público. Cuando —de pronto— inflo un globo y este me sale diferente. La gente se levantó sorprendida y se dislocaron aplaudiendo y gritando

bravooo, ¡otro, otro! Pero yo estaba asustado, ¡había inflado una burbuja con un niño adentro!

Los aplausos continuaron; nervioso, traté de disimular inflando otra burbuja... pero nuevamente otro niño salió flotando desde ese universo de jabón. Repetí la proeza varias veces, hasta tranquilizarme, al punto que ya no me pareció extraño. Continué mi espectáculo. Hasta que uno de los niños trató de hablarme e intentó con su dedito fino reventar la burbuja. Viendo la situación fuera de control, traté de convencerlo con señas y gestos que no lo hiciera, mientras el público pensaba que todo ese caos era parte del show y me aplaudían. Tomé unos segundos para saber, en la imagen congelada, que ese niño no iba a flotar sin fin hasta el espacio.

Reventó la burbuja y lo tomé en el aire con su mirada cósmica y una sonrisa que se quedó conmigo.

LAS CRIATURAS

Las tres criaturas que rondan mi hogar suelen confundirse con las pulgas. Tienen el sentido del caos. Pasan desarrollando travesuras.

Cuando están en silencio me preocupan, suelen dejar sus marcas en la cama, destrozar cuanto ven a su paso. Y con cierta frecuencia, desaparecen y se vuelven invisibles.

Nunca dejó la puerta abierta. La última vez lo destrozaron todo, los resortes del colchón no se pudieron reparar, tampoco las tres reglas que sostenían el medidor estático de reposo, el que utilizo para dormir en forma rectilínea.

Las tres criaturas gritan desaforadas, abren sus manos, se lanzan en la cama y saltan.

Es un problema, lo sé. Descubrieron la forma de volar en el cuarto.

PAISAJE

El niño tenía la mano suelta, pintó la casa sin preocuparse en el tamaño, lo vi sonreír cuando hacía sus trazos violentos, sin lograr alguna apariencia. Lo hizo porque quería, por el simple placer de expresarse. Lo hizo porque desconoce el mundo.

El sol era una mancha extraña en el fondo, que no era fondo sino la pared misma de la casa. Tenía ventanas que eran escaleras y una puerta que era la casa. No pintó gente, pintó formas y espacios. Hizo el cielo como sus manos. Pintó a gusto sus colores y todas las manchas se hicieron horizonte vivo, cambiante.

Le interesó retratar su mundo, luego se llenó de pintura todo el cuerpo. Embarrado de color se hizo paisaje con su cuadro. Jugó, tiró colores al aire y descubrió el sentimiento del vuelo en los dedos.

Yo también tuve una vez la mano suelta. Lo sé, aún descubro manchas de color trazadas en mi cuerpo y siempre que vuelo, cruzo el arcoíris con los ojos abiertos.

CASA MADRIGUERA

David es un compartimento de puertas, un torrente de laberintos que cruzan el submundo hasta la sala. Una tonada enredada y fina que vuela con disimulo en un papel doblado y aterriza cerca de mis pies torpes. Él se sumerge y un millar de fantasías se disparan como hologramas.

En su cuarto hay un lago, un aeropuerto, un abismo de acantilados peligrosos, una colmena llena de espacios, algunos visibles y otros que son torrentes de energía en la savia de un árbol.

A veces, él desaparece, se transforma, viaja y vuelve, cierra y abre dimensiones y me conversa con la voz de su colega invisible.

Él habla de su abuelo, que está metido en el frasco de dulces, que lo agita como una linterna e ilumina la caverna de seda, que no lo suelta porque se perdería nuevamente.

Dice: el abuelo es un ser misterioso, que la última vez liberó todos los papeles-araña pero que lo agarró justo en el borde de un lápiz que trazaba líneas de emergencia.

A veces solamente espera el momento para atrapar algún objeto risible. Coleccionarlo en su profundidad mágica. Administrar la desesperación de los adultos, observar cómo nuestro mundo se desborona por unas llaves, un teléfono, una tarjeta.

Ya casi está en la edad de abandonar la madriguera y unirse a sus hermanos mayores. Él es el último enlace que nos queda. Es una lástima no haber encontrado la forma de redibujar la entrada de nuestros secretos. Y, más aún, de no poder recuperar todos los objetos y las personas perdidas.

KUMA

El último inquilino tiene los pelos de punta, camina gracioso por el patio de Marielos. Reconoce los espacios y espera el toque de las criaturas. Ya lo esperaban, envuelto en periódico y una caja de cartón. Se lo imaginaron tierno y frágil, pero resultó la bestia peluda.

En la mañana persigue a las criaturas para quitarles las medias. Tiene técnicas sofisticadas de acoso. Los arrincona y luego los muerde.

Cuando tiene hambre, se lanza desesperado contra el portón como queriendo tragarse toda la cocina. Parece que las criaturas le tienen miedo.

Estoy preocupado porque se apoderó del patio. Creo que descubrió la forma de tenernos ocupados mientras él disfruta de sus crímenes.

Cada día se parece más a un oso. Gordo, de tez pesada, de mirada dulzona y casi se le puede creer inocente, de no ser porque sabemos que se comió la ropa tendida y tres cuartas partes de las hojas de las macetas. Es un desastre. Ese animal salvaje sabe vivir como rey. Estoy seguro que sueña cada golpe que

nos da. Lo sé, por lo perfeccionista, porque duerme mucho y porque cada vez brinca más alto. Lo sé porque me lo topé filosófico, maquinando en uno de mis sueños. Sí, allí estaba, panza arriba, esperando que me despertara con el brinco que ha practicado cada vez que cierro mis párpados.

Lo último..., ya me habla y hasta me ordena. Ya casi sé cómo despertarlo en medio del vuelo. Dicen que así se le pierde el miedo. Dicen que si eso no sirve, lo venda.

AMANE CER

La voz vino desde adentro, desde las cobijas.

¡Tortuga!, dijeron, pero yo les dije, puente. ¡Cosas encima!, me gritaron. De pronto sentí almohadas, muñecos, bolsos y todo lo que pudieron agarrar. ¡Era la guerra!

Dicen que no es bueno brincar en la cama, pero me gusta y en una situación de emergencia, es sano valerse del tamaño, para impresionar.

De pronto me hice montaña y me escondí. Salieron veloces las arañas con forma de mano. Atravesaron el desierto de la sábana y encontraron la cueva. Allí estaba el oso de voz grave.

Eran dos perros o dos toros y el oso escondido en lo oscuro. Una garra se asoma y con la luz se convierte en hormiga. Camina por los relieves de la colcha y llega a los perros-osos. Se les sube y les acaricia la cabeza y la espalda. No hay mordiscos.

Es de mañana. Comienza un día y sé que estoy a salvo.

ENTREPISO DE LA PAULINA

Ciertamente, mi padre no fue lo que llaman un albañil. Pero su primera casa la construyó él mismo con mi tío, y a puro ojo de pintor abstracto, con los matices muy singulares de su estilo. Esa construcción adobada en los muros que solían ondear como panzas de ballenas y flexionarse en las esquinas tremendamente estrechas. Apuntaban al fondo a un oscuro final donde ubicó los servicios sanitarios y la bañera. A un costado, un minipatio por el cual se podía acceder a unas puertas dobles del segundo piso.

La cocina tenía una pared adoquinada con ornamentales que dejaban entrever la sala y la puerta al único cuarto de ese primer nivel donde colocó su versión inicial de la biblioteca. La sala tenía esas escaleras sexis de caracol que daban a un salón en el segundo piso. Allí cuatro cuartos ocupaban la totalidad de la edificación.

En medio de esos dos pisos, quedaba en sus bordes apenas expuesto, un tablado de madera con hendiduras de hasta dos centímetros donde constantemente quedaron extraviados una infinidad de pequeños juguetes de mi infancia. Ese entrepiso ondu-

laba, se mecía al caminar cualquier adulto. Seguía el vaivén de las personas como una hamaca conectando los pasos, balanceando la sinergia de las masas en movimiento y el soporte de toda la construcción.

Allí, en medio de esos niveles, se amplificaba la casa como un segmento infinito. Por un agujero pude ver tremendos monstruos despertarse hambrientos. Más adentro de esos paisajes rupestres en acantilados domésticos, pude apreciar mis manos pintadas a lo largo de todas las superficies.

Tanto que me habían hablado del Triángulo de las Bermudas y eso es tan común en cualquier casa, donde desaparecen y aparecen la infinidad de aparatos, juguetes, llaves, herramientas... Un día vi a un muñeco correr, parecía un ser torturado con cientos de alfileres.

Las noches nunca fueron tranquilas, siempre las sombras se aproximaron a molestarme, sacando sus dedos por las hendijas de los tablones.

Tal vez mi única salvación fue el medallón de la abuela debidamente encofrado con dorados y agujas de protección. Lo hallé en la orilla justo debajo del piso donde ella tenía su máquina de coser. No pude avisarle en vida que lo había encontrado. Porque no sé si fui yo quien lo escondió allí. Tengo una memoria borrosa de esa época. Sé, nada más, que al pescar con un imán esas partículas ionizadas se adherían más rápidamente si tenían vínculos con mi familia.

Solía salir a pescar monstruos, los de agujas eran los más frecuentes; había otros, los que llamé inacabados. De extremidades grotescas e inconclusas,

los tuertos, los asimétricamente apuntalados con pabito y retazos. También estaban los tecnológicos. Una versión de robótica campesina con injertos de cucharas, bambúes, clavos y engrudo de amaranto y mermelada como aglutinante con bulbos de los antiguos televisores y transistores de radios. Amarres de alambre, perillas, palancas y grapas de madera, por más decir, repletos de hormigas.

Allí también construí, con muchas partes encontradas, mi primer amplificador psicotrónico, algo rústico en las terminaciones y acabados, pero funcional. Se enroscaba como un xilófono conectado a un fuelle de cámara antigua que servía para graduar el volumen, mediante unas botellas conectadas con las mangueras de un viejo alambique, cruzaba el agua gota a gota, el zumo vaporizado por un mechero impulsado por alcohol de noventa grados, balanceaba los pesos con balines de acero y bolinchas de vidrio. Un viejo condensador variable del radio del abuelo intensificaba la señal y la enfocaba.

Mi boca, endulzada con el miedo, se pegaba por completo como un beso molusco a un pedazo de ten-sa seda metálica electroimantada con mis labios.

Producía un ardor que con los años aprendí a superar y a obviar. Sólo así podía comunicarme en ese tiempo.

El agua conducía electricidad por mi cuerpo. Una vibración de océano reproducía los mensajes cifrados entre el espanto.

Siempre alguna interferencia vibraba la membrana de piel en mi boca. Hacía un ruido secunda-

rio y molesto que enrarecía la conversación con los muertos y con los que no habían nacido.

Los incendios

DEL DIABLO PÁJARO A LAS HORMIGAS ELECTROCUTADAS

“Eres un chico malo... Algunas veces”, me dijo don José... Me resultó casi bíblico, más si repaso que ambos practicamos la carpintería y que le he considerado como un segundo padre. Sin duda, así empezaron los lenguajes perdidos hacia la ruta de una virtualidad en el imaginario mundo de mi niñez atormentada por Jheronimus Bosch (El Bosco). Un niño bueno, tan bueno como un Abad, pero en tránsito al carruaje de libros encontrados uno a uno en aquella gran biblioteca de mi padre. Desempolvieron quizá hasta mi maldad, ingenuamente. De todos, había uno con pinturas de quien consideré años después mi maestro.

Claro que soy boscoso, desde mi niñez le sigo el paso a este espíritu, y continúo perdido y encontrado con este muerto en sus imágenes, cruzando hasta su dermis y mutando con él como se hace al visitar a un abuelito querido y tenebroso.

Otros libros ahondaron mi agudo interés por los experimentos. Como el de electromagnetos de Tesla. Y otro de principios básicos de electroacústica. También encontré ya no un libro sino una revista de

colección, de cómo construir una radio de amplitud modulada (AM), que también figuró entre mis lecturas y consultas favoritas por varios años.

Poco se necesitó para empujar a la imaginación en la mente de un niño inquieto. Un vistazo al Jardín del Bosco y al de mi casa y encontré cantidad de retablos donde colocar todas sus imágenes; por ejemplo, la del cuerpo desnudo tragado por un diablo pájaro que usaba por casco una olla antigua, o la mujer montada en una rata, o la escena del suplicio de los condenados del tríptico del Juicio Final, donde una cantidad de extraños seres mutantes clavados por flechas, transfigurados en el horror de sus castigos aparecían en su claroscuro desnudez.

El Bosco era mi bosque, en una campesina versión y lúgubre sinfonía de retazos como tocados por el *Malleus Maleficarum* de Heinrich Kramer.

Si se acercaba a mí cuanto insecto incauto cruzara las trampas, terminaba adosado al Bosco, mutilados en similitud y crueldad.

De niño nunca pensé en el mal. Pero de joven preadolescente entre mis 10 a 13 años, compliqué esa no tan bondadosa visión en una búsqueda que incluía tecnologías mayores.

El primer aparato de mis investigaciones fueron los radios hechos de transistores. Era la época analógica. De perillas, de esos diminutos tarritos conectados a una lámina de baquelita donde un condensador variable hecho de placas aumentaba la intensidad, los valores, sincronización y frecuencia. No tardé mucho tiempo en convertir y adaptar mi

fracaso de radio en un interesante centro de experimentación con insectos. Es triste ahora recordar lo que ingenuamente hice, pero nuevamente el Bosco se permeaba completo en mis creaciones.

La electricidad pronto pasó a primer plano de interés, se podían construir electroimanes, siguiendo algunas instrucciones de los libros encontrados, de esa forma fui enrollando alambre de cobre a hojas metálicas, y en una apasionada euforia electromagnética construí aparatos tan sofisticados como malignos, de intrincados compartimentos y ataduras, así como prensas y punzantes agarres donde llegué a quemar un millar de seres exoesqueléticos y casi todos los tomacorrientes de la casa.

Pronto los preludios de los infiernos pintados por El Bosco prendieron fuego con varios cortocircuitos provocados por mis descuidos con electroimanes. La casa empezó a fallar como una tubería con ratas. El fuego prendió por todos los costados que cruzaban las paredes. No pasó a más que un grave accidente eléctrico. Y el susto de ver chispear, prender fuego, consumirse, fundir cable, por todos los lugares donde conecté mis inventos.

De ese proceso debo admitir que electrocuté muchos bichos. Pero los más raros que quedaron en mi memoria guardados con cariño boscoso, fueron las hormigas.

Las hormigas extrañamente rebotaban siempre que las ionizaba entre placas. Se disparaban a gran velocidad percutiendo de lado a lado y siempre he creído, hasta la fecha, que descubrí a mis 12 años, cómo estos insectos lograban cambiar la polaridad

eléctrica de su cuerpo, pero eran incapaces de sostener la carga eléctrica y por eso rebotaban.

Durante ese tiempo que se hizo eterno, nunca el Pájaro Diablo estuvo más cerca de mis manos.

LAS TENTACIONES DE SAN ANTONIO ABAD

Siempre que me pregunto qué es el bien, termino tenebroso. Pues para el tormento de cualquier santo, el olor del fuego sigue ahí, mirando con la certeza de un duende que nunca conociste. Y se adivina en sus ojos el misterioso vuelo de las libélulas que lo rondan, tan ligeramente delgadas, tan volátiles en su ápside que sientes terror de quemarte en un abrazo de gárgola. Y en esa niñez llena de pasajes, pude conocer también algunos laberintos de la Sagrada Familia de Gaudí, con sus dislocadas torres, enroscándose en animales y colores. Una gama sensorial de fuegos en sus vitrales. Todos elevándose en su acrobacia secreta. Llena de esqueletos como plantas. Otro jardín de delicias. Menos oscuras. Que se sumaron a mi bosque boscoso.

Permaneció aunado a Gaudí, sin enrarecerse, la imagen de otro cuadro tan perturbador como el primero. *Las tentaciones de San Antonio Abad*, del Bosco. Presente cada vez que cerraba mis ojos. Tan mordedor de mi conciencia hasta llevarme a perseguir su propia alquimia. Esa holografía hecha paisaje unificado donde simultáneamente sucede todo a la vez, en un transcurrir de las pruebas del ermitaño relacionadas

con la Pasión de Cristo, exigía una lectura desde el corazón de sus imágenes simbólicas en anagrama:

Un fuego al fondo, con sus libélulas-hadas volando y las ranas con casco, tripulando sobre un huevo alado. Un arquero anfibio montado sobre el pez volante mientras la casa se incendia. Al auxilio un hada con una escalera vuela y la siguen más seres en parvada. La luz se vuelve esperanza en ese fragmento. Llegan a la ciudad los caballeros, al centro San Antonio de rodillas bendiciendo ante un altar, señalando a su vez un pequeño Cristo adentrado a una capilla, cuya arquitectura parece salida de una pesadilla y arremete en la consciencia, mientras le son ofrecidas todas las tentaciones y tormentos mentales y espirituales alrededor. Los peces con branquias de manos, como submarinos con escotillas oblicuas, dejan traslucir a otros seres que viajan atrapados dentro. O son montados y galopan sobre sí los más oscuros y extraños personajes entre esqueléticos, antropomorfos retazos de todos los seres compuestos. Hombres con rostros de animales, animales con partes de humanas. Un picadillo de extremidades perdidas en otros cuerpos en complicidad tenebrosa. De colores oxidados y de un paisaje demasiado desquebrajado para un niño.

Cómo dormir en paz después de mirar esa pintura. Tocó por el contrario, mejor quedarse despierto resguardando la noche con espada en mano, por si acaso algún ser apareciera de repente y se lanzara sobre mis ojos.

Un juego elemental de química me permitió sobrellevar la lentitud de la oscuridad. Desde ese momento siempre las vigiliass tenían un olor al sulfuro de la mixtura de compuestos. Se mezclaban colo-

res de sales y tierras, óxidos y ácidos, a eso agregaba alguno que otro hallazgo que encontraba a mano en la dispensa de la cocina. Sustancias de todo tipo diluyendo las horas de noche tras noche. Siempre ocultando al amanecer los resultados en los escondites boscosos de mi cuarto.

Un mechero de alcohol era un buen incinerador, iba agregando sustancias nuevas, desde detergentes hasta perfumes, los combinaba y fermentaba. Algunos producían colores fantásticos de olores horrendos. Otros se incendiaban y desaparecían. Todo transcurrió bien hasta el día que decidí probar con otras sustancias más exquisitas como excéntricas que encontré en mi cuerpo, desde orina hasta sudor. Pero de estas mezclas, la única que terminó nefasta fue la que utilicé con semen, el que descubrí por el azar adolescente en el travesero ingenuo de todos mis experimentos y que, en un ínfimo instante, sin darme cuenta, me llevó preso en la escena del cuadro que tanto temía. Una parvada de seres voladores arremetió violentamente decapitando a los peces, sus bocas atravesadas con flechas y sus pechos de cántaros se retorcían en la desnudez dulcemente escandalosa. Mientras la escena sórdida del infierno se desbordaba de la pintura, el mechero descontrolado incendiaba el cuarto con una explosión que dejó manchado el cielorraso con tonos azufres y azules pardos y que por largo tiempo aunque pintaran reaparecían las manchas como un cosmos de fantasmas, de estrellas y nebulosas.

Nunca vi el hada ni su escalera, ni el auxilio de Cristo señalado por el Bosco, y no encontré el camino de vuelta y me perdí por largo tiempo en aquellos paisajes mundanos y perversos que tanto preocupaban a San Antonio Abad.

LA MESA DE LOS PECADOS

*Esconderé de ellos mi rostro, veré cuál será su fin;
porque son una generación perversa,
hijos en los cuales no hay fidelidad.*

DEUTERONOMIO 32:20

I. FRUTA REINA

Llegaron a mis manos tantas otras frutas pero ninguna me hacía pecar como un aguacate servido en la mesa. Era capaz de salir a hurtadillas y robarme en la noche alguno mal colocado que estuviera en su punto. Esa fruta que me devora en el ritual que generalmente sobrepasó la pura saciedad de alimentación pero que me llenó siempre de tanta alegría. Todo lo que contenía aguacate me encantaba. Me hipnotizaba con una locura hasta la gula. Le abría un corte al centro con un cuidado de cirujano y con la sagacidad de un criminal le esparcía un poco de sal. Y esa fruta reinaba su noche.

Con el tiempo esa pequeña deidad en la mesa que giraba sobre su centro en mis manos, se aferró a los

tabiques de los bordes de mi boca con su tersa textura y sabor incontenible, como si esa cúpula carnosa de un amarillo insaciable me llevara preso perpetuamente hasta la mente.

Servida la mesa con su aguacate, encontré una similitud de fondo y forma entre los amarillos de incendio y los ocrenaranjas verdosos y oscuros de la cáscara con aquella pintura que me perturbó en su redondez, y que contenía justamente los pecados que incendian de forma constante y cíclica la humanidad.

Tenía una reproducción de esa obra apretada con clavijas en uno de los escondites del patio. No la había comprendido hasta entonces. Las siete imágenes contenidas en un gran círculo, al centro Cristo inmerso en un central gran ojo anillado con rayos como una pupila. En los que se extienden en fragmentadas escenas los siete pecados capitales: La Soberbia, la Lujuria, la Avaricia, la Ira, la Gula, la Pereza y la Envidia. Y en los extremos de la mesa distribuidos en cada esquina en forma de círculos: El Tondo del Infierno, el Tondo de la Muerte, el Tondo del Juicio Final y el Tondo de la Gloria.

No tardé en ponerme hipocondriaco y adosarme a ese espejo redondo. A gesticular con sus personajes y verlos tan metidos en mí hasta con sus cuchillos filosamente retratados en un plato con todo y sus pecados.

Fue ahí cuando recordé que esa pintura de Jheronimus Bosch, con sus mensajes cifrados en imágenes, me daba un jalonazo de orejas pero desde el puro corazón y en ese acto halara tendones y venas, apretándolas y deteniendo todos los fluidos vitales.

No pasó mucho tiempo en que comer demandó más ponerme en orden con Dios.

Hasta donde pude abandoné la más amada obsesión infantil. Pero nunca, incluso hasta hoy día, he dejado de pensar que un aguacate es la felicidad envuelta en una cáscara. Mi corazón siguió atado a su semilla en un verde viejo que se amarilla en su centro y es templo del placer adosado en su cúpula. Mientras recuerdo, la mesa pintada nunca contuvo aguacates pero seguirán invisibles mis manos con todas sus huellas.

II. EJECUCIÓN DEL *MOORDBRANDER*

Para ese tiempo nos habíamos mudado de casa, mi padre había iniciado otra construcción que le llevaría más o menos quince años en terminar.

Se trataba de una casa extraña, siguiendo el patrón de sus propias pinturas, donde el viejo diseñó toda la edificación al estilo de uno de sus “ícaros” entre una síntesis pictórica y una geometría abstracta. Esta vez tridimensional, habitable, con ventanales curvos, domos y una angulada distribución que golpeaban la psiquis de cualquiera y que en adelante, sería donde viviríamos por toda nuestra juventud. Encontraría en ella muchas otras cosas en que ocupar la mente y especialmente, donde olvidar aquella fruta reina.

La construcción había dejado múltiples objetos en el jardín, un garabateo de albañiles con grafitis y líneas que se disparaban a lo largo con medidas

y nombres, varios diagramas dibujando los ductos como vértebras y venas.

Quedaron esparcidos un sin fin de clavos torcidos y tornillería abandonada en frascos y latas de pintura, algunos cuantos objetos medio mágicos de construcción, con palancas, de hierro, varillas, tubos plásticos y otros de metal entre tablones que mi padre dio por escombros y yo en cambio por tesoros.

Pronto seguí las líneas en los muros trazadas por los constructores e inventé unas nuevas paredes imaginarias. Corté unos cuantos trazos en medio de la nada, improvisé con los restos del andamiaje una nueva estructura entre alambique y tugurio, con dos plantas soportada sobre tres estañones que hicieron de columnas, acomodé retazos de tablones y maderas apuntaladas con los restos de los clavos y pronto tenía una sede de operaciones semioculta detrás de las palmas de un platanillo que había crecido lo suficiente para desaparecer por completo mi ciudad invisible.

La primera planta contenía compartimentos secretos con escotillas al jardín hechas de tapas de cubetas, unos ductos de escape, por si me emboscaban mis hermanos o padres, suficientemente estrechos como para deslizarme hasta las afueras de la casa. Arriba, en el segundo nivel, estaba un dormitorio completamente equipado con muñecos y tripulantes capturados en las plantas. Un sofisticado arsenal de ataque hecho con ligas y palos de escoba, varillas de paraguas, trastes de cocina, mangueras y cuanto objeto pudiera apilar en esa colección.

Trajo mi padre por esos días un hermoso libro de experimentos ilustrado con imágenes a color. Ex-

plificaba los procedimientos para hacer un cohete con bicarbonato de sodio, algunos motores de hélice con ligas y paletas de helados, planos para la construcción de un bote de madera, una grúa con imanes, entre otros que encontré sumamente interesantes; sin embargo, el que más destacó y me conmovió fue el soplete con restos de latas de aerosoles.

Consistía en un simple principio, se colocaba una superficie atada a la lata de aerosol, y una vez bien sujeta, se le agregaba un cabo de candela. ¡Y listo! Sólo era de encender la candela y el arma mas poderosa de mi infancia estaba en mis manos.

Nunca tuve idea de cuánto me gustaba el fuego, pero el olor a las cosas quemadas siempre desde entonces me ha cautivado enormemente. El simple aroma de la llama danzando en su etérea forma entre traslúcidos violetas y amarillos naranjas ya era atrayente por sí mismo.

Pronto pasé de niño a marciano empoderado con una sofisticada armadura hecha de ollas abolladas y perforadas, retazos de bolsas de guangoche, amarres de pabilo, tabletas de madera y trapos. Hacía mis excursiones al jardín en búsqueda de insectos peligrosos. Las arañas en esa época de mi vida sufrieron la inocencia de fuego a quemaropa y acabé una a una como un exterminador consumado.

La construcción había dejado el ambiente idóneo para la aparición de una gran cantidad de arañas, algunas peludas, otras enormes con patas veteadas en amarillo. Esas dos especies se hicieron parte central de la mira improvisada con un fondo de botella que usaba por lentes. Y cuanto bicho de esos encontré

debajo de una piedra, un tablón, una pared, una esquina, la rosticé con mi soplete.

No tardé mucho en casi exterminar del jardín con completa eficiencia todas las especies de artrópodos. En tres meses que llevé la cacería metódica parecía cada vez mas difícil encontrar arañas o cualquier otro insecto. Lo que me llevó a internarme en la casa de mis padres y por supuesto salir del patio donde estaba el jardín y mi madriguera.

No quedaba más que continuar en los cuartos y la sala, allí encontré ocasionalmente algún zancudo y pequeñas zompopas. Le seguí el rastro a unas avispas en una ventana, y las alcancé con una hermosa línea de fuego que dibujé en el aire.

Le siguieron alguna que otra cucaracha debajo de un macetero. Pero de todas esas incineraciones la mejor fue quizá la del *Moordbrander*. Una enorme araña que pendulaba en la ventana de la sala, le seguí el rastro tres semanas continuas pero en ninguna pude cazarla. Era la más veloz, se desplazaba como volando en segundos con cualquier ligera vibración de la cortina. Sus ocho patas marcadas en amarillo intenso y unos diminutos puntos rojos como una cascabel de los muros.

Por más que intenté arrinconarla en múltiples momentos, no logré siquiera alcanzarla, era demasiado rápida, predecía mis movimientos por muchos segundos. La buscaba a toda hora: en la mañana, la encontraba como en un paño de sol, en la esquina superior derecha; las tardes se mantenía inmóvil detrás del marco; anocheciendo se movía velozmente de lado a lado como inquieta; quizá me odiaba porque

había acabado con todos sus alimentos. Pero lo cierto que ese pulso entre marciano y araña se tensó dramáticamente en una lucha de reflejos y movimientos rapaces, deslizando rápidamente la cortina y lanzándose al otro lado del ventanal, agotado de no poder lograr acorralarla en un solo punto quieto, suficiente para encender mi soplete y que no se me apagara en el trayecto. Pronto encontré que la quietud era más amiga del cazador. Los siguientes días la araña había simplemente desaparecido. La busqué por todas partes. Pero ya no estaba. Se había ido.

Pasaron los días y el aburrimiento me llevó al libro de los experimentos de nuevo. Tocaba de nuevo hacer otro proyecto. Uno nuevo que matara las horas. Empecé a trabajar en una catapulta. Y justo cuando ya casi la tenía construida, vi de pronto como una estrella adosada al ventanal nuevamente aquella veloz araña. Ya casi la había olvidado. Sabía que predecía con cualquier vibración todos mis movimientos. Encendí la candela, no la iba a dejar escapar esta vez. Me deslicé suavemente hasta acercarme, no quise mover las cortinas del marquissete, era la hora indicada donde se posaba inmóvil en un punto de la ventana, afiné mis cálculos de distancia y potencia, me coloqué en posición y le di fuego con toda la carga que quedaba del aerosol.

En un intenso grito de dragón, le di en el puro centro pero el ventanal se incendió y la tela del marquissete rápidamente alcanzó fuego, en segundos toda la sala estaba envuelta con un manto de humo y llamas. El susto me retrajo de golpe hasta esconderme debajo de la mesa. Otra vez la mesa, la mesa, la mesa de los pecados, y estaba debajo de ella escondido, desde ahí vi la araña como un gran

ojo en forma de sol, mientras se incendiaban sus ocho patas, había acertado al *Moordbrander*, pero en ese momento parecía que era el mismo Dios a quien había quemado.

Cada pecado se me presentó mientras el ventanal dejaba una mancha dorada de rayos en su centro. Al fondo el rosetón ardía y sólo pasaban por mi mente aquellos anaranjados concéntricos en círculos solares de brillos incandescentes, los escritos en la mesa que ahora se hacía mía y todas sus escenas sobre mi cabeza, así ondeaba la muerte en su tondo, el ángel y el demonio se asomaban, también la escena del infierno en su círculo. El Juicio Final me tocaba la frente. Sobró tiempo para revisar la inscripción en las filacterias y en especial una frase centrada en el ojo como una ventana del cielo, que decía en latín: “Cuidado, cuidado, el Señor está mirando”...

Caída libre

PARAPENTE

Comencé a dibujar en la pared una experiencia que me gustó, porque al fin me salí de los límites de la hoja. Ahora no tengo el prejuicio del borde, ahora la línea se va lejos y atraviesa todas las paredes. Hago líneas sugestivas, cada vez más alto. Me gusta estirarlas hasta lo más fino, casi a reventar, luego dibujo los nudos para que no se escapen.

Este fin de semana pasó algo inusual: una línea se fue por la ventana de la izquierda, era veloz, tal vez porque soy zurdo. Me asomé para ver si la podía agarrar, pero se me fue cuando la tenía en la punta de los dedos.

Las ventanas son mi debilidad. Por allí se escapan las miradas de todos los trazos. Ondulan hasta ponerse en posición de fuga, las veo atrevidas como un gato, dispuestas a romperse, dispuestas a unirse a las demás, aquellas que encontraron el hombre que viaja detrás de la ventana.

Ese que es libre y sobrepasa el paisaje de nuestros horizontes.

Dicen que es artista.

Dicen que traza líneas dentro de un parapente.

LOS AVIADORES

Aprendí que algunos humanos no están diseñados para volar, aprovechan toda pendiente para tirarse con esos aparatosos instrumentos. A veces los veo con un motor, moviéndose, impulsando sus pesados cuerpos de metal.

No saben del silencio. Son calculadores, mezquinos y ruidosos hasta en la mente. Tampoco conocen del sueño porque vuelan a la fuerza. Como trabados. Como queriendo caer si se les acaba el combustible. Evaden todas las nubes oscuras y tormentas. No conocen el rayo, el viento en el rostro. No se suspenden por mucho tiempo.

Siempre procuran andar bajo, casi tocando el suelo. Si pudieran caminarían en el aire en vez de volar. Los he visto. No conocen la fuerza de arrastre que tiene mi precipicio.

ZAMBULLIDA

Las esferas infinitas se aproximaron, parecían estelas cósmicas en el azul. Todo se arremolinó cuando moví las manos. Lo supe primero: el aire es redondo bajo el agua.

Me encantó la sensación de sentirme volar como los peces, tan libres en lo denso del mar. Aunque tenía frío, lo olvidé cuando descubrí las alas de una mantarraya. Ondulante es el sol debajo del mundo, pensé, casi tan lejano como la voz de los otros. No me pude contener y me arrojé como todos, desnudo, a ondear las corrientes menos cálidas. En la llegada al fondo conocí la caída lenta y larga, serena distorsión para ver lo oblicuo y profundo de las cosas. Volé a lo denso y me guie por el sonido de los cuerpos. Allí conocí el poder de la sal, también el volcán submarino y el movimiento sensual de las anémonas.

Debo reconocer que ahora comprendo al solitario pez que vive en mi sala, que vuela en su espacio transparente y que a veces la muerte lo reconoce cuando brinca fuera del agua y se sube al techo. Él sabe bien de zambullidas, él es experto en

hacerle a mi casa una gotera. Tal vez solo por sentir la lluvia de nuevo y recordar su sonido bajo el agua.

Yo lo entiendo, sé la importancia de tomar el riesgo. Lo admiro en el temblor de su cuerpo. Inquieto, suspendido.

Esperando el golpe mudo de las gotas detrás de todos mis atardeceres.

CAÍDA LIBRE

Creí que era una caverna o un caracol gigante y yo en medio, absorbido por el sonido crepitante del nosotros.

Me introduje, primero la cabeza, luego las manos y los pies. Un resbalón me sorprende y caigo desconocido entre las sombras.

Bajo la cabeza, pero mis manos no tocan el suelo. Es entonces cuando abro los ojos y me veo. Al principio sentí miedo, pero, ahora, asumo mi posición con las manos abiertas y disfruto el aire acelerado pasar entre mis dedos. Siento rozar las partículas. Intuyo, sorpresivo, mi rostro en el abismo, con la boca abierta en la caída libre.

Veo a lo largo el azul, veo las transparentes nubes entrelazarse con mi cuerpo, algo frío por la altura.

Estoy presente en el camino abajo, presente, y con las manos abiertas. Supero el temor y como un ave aprendo a volar, las extendiendo y disfruto la caída.

Ahora sé que no estoy soñando.

ROJO

Los hilos del sol jalaban mis párpados, el sonido de las hojas me sorprendió con cada paso. Todo parecía calmo, idéntico.

Primero, lo sentí fulminante entre mis ojos; luego, lo vi tocar los poros de las manos. Pintado de un naranja intenso, me sentí extraño en el cuarto donde viví toda mi vida. Por primera vez, pude ver el final de la noche cruzar mi cuerpo. Atravesar los muros de la casa y sentir que era nube. Vi la otra dimensión, la roja, la intermedia entre el sueño y la vida.

Supe lo del fuego en el aire, estuve allí, después de tanto intentarlo.

Crucé al lado, teñido, y me quedé disfrutando el cambio de mi piel. Encontré la unidad, encontré también el fantasma que ronda en nuestro cuerpo; ese que nos amanece, el que nos transita misterioso a los espacios interiores.

El que vuela. El que se suspende.

El que busca furtivo el último rojo de un beso
de otro mundo.

TRAJE GRIS

Las transparencias son mi fuerte. Hago ensambles frecuentes entre las cosas y tengo excelentes resultados. Un amigo escultor piensa que estas composiciones son interesantes, pero eso es porque no ha visto aún mi traje gris.

Lo uso en las tardes, cuando el sol se comienza a ocultar. Entonces parezco la noche caminando por las calles sonámbulas. Nadie me reconoce. Me gusta descansar en la esquina del Hotel Venturoso, donde sopla la brisa en la cara y pareciera que me jala por las paredes hacia arriba.

Me siento mareado y experimento la aflicción en el pecho como si me estuviera ahogando. Reposo en las ventanas del cuarto piso. Me agarro de los ladrillos rojos y me deslizo suavemente por el borde de la pared. Veo firme el paisaje, de frente están los cables de luz, a unos tres metros. No importa porque están lejos.

Se acaba el borde y sigo caminando por unos cables que invento transparentes. Cuando me canso simplemente me tiro. Pero no me mato porque ando

el traje gris. Ese que yo invento. El que uso para volar
por las tardes cuando voy alucinando y de cacería.

EL ALPINISTA

El grito es como el abismo, con la boca abierta todo el sonido es oscuro, tan profundo, tan sincero como una caída.

El sonido es seco pero frío, cortante y peligroso igual que esta piedra alta. Cuando subo, voy con cuidado, coloco mis pies con certeza, procuro evitar el resbaladero.

Tiene un color azul filoso como de nube. Las cuerdas vocales se tensan y pasan la montaña de lado a lado.

Podría decir que el grito vuela, que se va con el viento que respiramos aquí arriba. Pero no, es como nosotros, después de lo alto se lanza al precipicio, aprende.

Siempre vuelve a subir para sentir que vive.

OSCURO

Lo oscuro tiene forma de mí, me veo al espejo y lo siento en lo profundo de los ojos. Como el hueco del fagot que tanto tenía de abismo. Lo sé, lo oscuro tiene la forma de mis manos por dentro. Siempre con esa tonada grave y certera. Siempre con el tacto infinito de mis sueños.

A través de las reglas de mi cama puedo ver el espacio y lo toco. Lo percibo con las enormes yemas de mis dedos. Así de gigante es el fagot cuando atraviesa lo oscuro. Y lo escucho trascender la caída melódica de los agudos. Parece llenar el cuerpo, parece un grito bajo el agua. Vibrante como mis manos.

En lo oscuro el aire se vuelve cuerpo, roza el cardumen de todos los límites y se mueve ondulando sus sonidos.

La música vuela a sus rincones, llena mi garganta y sopla el fuego interior. Me voy arrasado por tierras desconocidas.

Me invento en el reflejo de las sombras y todos
los rostros se parecen a mí. Tienen su perfil.

Tienen una melodía de abismo y aire.

LA ÚLTIMA NUBE

El toque de queda comienza los lunes, cuando me voy al trabajo. Siempre me interrumpe en el vuelo final, cuando llego a la nube que tiene esa mujer desnuda.

Nunca desperdicio el momento, siempre me lanzo y atravieso en la caída otras nubes, no tan buenas. Abro las manos para alcanzarlo todo. Allí soy de hule y me estiro largo. No se me escapa nada, solo a veces, la mujer de la última nube, la que me gusta por su vello púbico de miel.

Cuando bajo voy despacio, no me importa, floto para que se enojen más; y con frecuencia aprovecho una ventisca para volver a subir. A veces llego lejos, casi al portón donde comienza mi historia.

Los miércoles es el día cuando me quedo más. No he descubierto el porqué, solo sé que pasa diferente. Me tiro a volar con la manos abiertas y todas me tienen miedo, porque voy desnudo, piensan que soy un depravado. Como si a mí solo me interesara volar por eso.

Extraño es el ojo del mundo, donde traspaso nubes
solo por verla a ella y volver desnudo del abismo.

EL GATO BLANCO

Si tuviera que tomar una foto, lo haría en el jardín de Marielos. El gato blanco vigila desde el techo, y las hormigas hacen en fila el recorrido.

Comienza con los crotos, al lado están las palmeritas que sembró en maceta, que no crecieron mucho, dice, pero guardan proporción con el pequeño árbol de limón. Hay en el fondo un contraste de rojo chile con el verde vainica y una vibración geométrica por el puntillismo de las chinas dobles con el morado de las orquídeas.

Tiene mucho verde el sol detrás de mi casa, recorre el trillo que dejó la oruga, la sigue hasta alcanzarla en el paso de los abejones. Llega al muro floreado, pasa los alambres traslúcidos de la ropa y termina iluminando los ojos del gato blanco.

Él está siempre arriba, mirando, vigila el horizonte trasero, lo abarca filoso, atento. Él sabe de vuelos y caídas.

Conoce al colibrí y lo espera en el techo rojo. A veces, parece que va a tomar la foto, se levanta,

se estira, se agacha, encuadra y el colibrí se dispara. Nunca queda en el retrato de sus días. Pero sabe que el jardín de Marielos tiene lo estático, ese suspenso en el aire que hace del paisaje una buena foto.

El gato blanco es mejor fotógrafo, me habló con paciencia, dijo que el último paso es el más difícil.

Disparar la foto y que todos queden quietos. Presentes.

EN ALA DELTA

Se oye el eco soplar, pasa una amiga y me dice: “Despacito porque precisa”... Me lancé y abrí súbitamente el ala, casi resbalo pero empecé a flotar.

Comprendo que para volar llevo mi mente con el albatros. Cruzo grandes distancias antes de despegar y cuando ya estoy en el aire atravesando las nubes, salto. Pero salto desde adentro, de frente, mirando la muerte en el precipicio.

Funciona mejor si abro los ojos, así ya sé qué me espera. Estoy comenzando, lo sé.

Dicen que lo importante es aprender a planear. Deslizarse en el horizonte y ver desde arriba la casa donde vivo.

Dicen que es otra dimensión.

Yo les creo.

AEROPUERTO

Tatamán, le decían, metió su mano en el bolsillo y sacó un objeto antiguo, largo, de metal herrumbrado, algo cobrizo. Me dijo:

—Es una palanca de avión.

Lo miré a los ojos y descubrí esa sensación idéntica al reflejo en mi pecera. Sí, el viejo sabe lo que es un atardecer en el aire.

No es lo mismo que estar en el suelo pegadito, enraizado a estos pies que se clavan rastreros en la hendidura de la acera.

—Es usted aviador —le dije.

—No, fui constructor en el Aeropuerto Santamaría. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora reparo electrodomésticos en este garaje.

ARMEL

El cuento de todos los locos comienza con el sueño. Con el preámbulo necesario de querer volar. Los he visto agruparse en el escape del agua, confabulados con la aspersión en la ira. Los brazos llenos de lodo, con una mirada desorbitada, brincando en el charco de esa casa. Siempre con la cara sucia. Siempre mirándome en lo alto.

Los martes Armel trae el almuerzo a la construcción; envuelto en papel aluminio. Ese día recuerdo las cogidas de café en La Cima y en el Alto de los Villegas. Los hambrientos nos tirábamos sobre las tortillitas y el pinto envuelto en hojas de banano. Ahora todo es en aluminio y plástico.

Después del almuerzo vuelven a salir con el traje blanco. Me miran como contentos. Y vuelven al escape del agua.

Armel dice que son buenas personas, que viven un sueño común. Ella los conoce. Los atiende de 2 a 6 p.m. Luego me espera a la salida.

Ella me quiere, lo sé. Lo sé cada vez que veo su sonrisa atravesar los peldaños de la grúa, como deseando escaparse por el aire y llegar hasta aquí arriba.

Cuando bajo, Armel tiene los ojos cerrados y los brazos abiertos. Pareciera que ella nos comprende a todos.

Este fin de semana, me dio la impresión de que ella sabe lo de la copa de los árboles. Me dijo que desde el cielo se ve el techo de un bosque. Sabe también lo del sonido tenue y de las palabras del viento en lo alto del sueño.

Tal vez sea cierto lo que dicen de ella.

Tal vez ya está loca.

UNA VISIÓN DESDE ABAJO

Las manos del escultor son tan anchas como el tiempo. Firmes en el golpe, sutiles en los detalles. Las vi con el mármol y con otras piedras elevarse en el rudimentario trabajo de la talla.

De pronto me doy cuenta que estoy allí, debajo de la mesa, entre el polvo y los fragmentos que caen de ese material.

Yo soy muy pequeño, pero las manos son grandes. En medio está una lluvia de piedras.

Las montañas tienen manos de escultor. En el horizonte se ven todos sus trazos. Se ve también la lluvia. Y más allá, un lenguaje profundo de árboles.

Creo que sería más fácil si dejaran de llamarme hormiga y me dijeran otro nombre, algo parecido a escultor.

Todos los días cruzo los fragmentos de este paisaje, observo arriba al hombre del cincel. Yo con mis trozos y él con los suyos. Algo de hombre tengo como hormiga.

Algo como el sueño de hacerme grande, de manos enormes o de formar, al menos, parte de sus obras algún día.

SUEÑO RUDINISTA

Salí a caminar y encontré mi sueño de toda la vida. Era negro, con bordes de madera torneada, se miraba bastante entero, así que lo compré y me subí para manejarlo. Aún conservaba los aros y la manivela de madera. Era muy antiguo, como de 1930. Salí contento como si no me hubieran estafado.

De camino encendí el radio, me sorprendió que aún funcionara. Sin darme cuenta, comencé a escuchar las canciones de otro tiempo. Eso era, el radio solo transmitía canciones viejas. ¡Simpático!, dije. De pronto todo cambió.

Cuando hice el semáforo de la esquina, el lugar ya era otro. Pero otro de hace setenta años.

No sé cómo ocurrió el salto, pero estaba allí en mi auto, con sombrerito de ala ancha. Anduve unos metros más y lo vi. Estaba metido en una especie de tienda o librería. Paré el auto y me bajé. Le pregunté al señor de anteojos por el libro hindú, el de los viajes voladores. Me dijo:

—Casi nadie lo compra. —Lo tomé y le di una ojeada por dentro.

—¡Claro!, el primer capítulo: “Desdoblamiento de papel a través de un bien deseado”. ¿Quién es el autor? —pregunté.

—F. Rudin; ¿lo ha leído?, es el padre del rudinismo.

Me sorprendió mucho. Especialmente porque ese joven era un alumno mío. Miré la foto y sí, era él. Le dije:

—Lo conozco, conversamos ayer en la lección de escultura, está muy interesado en el arte hindú.

—¡Qué extraño! —contestó el hombre—, porque él fue un monje budista que murió hace más de treinta años.

PAISAJE

Al cielo enfoqué el lente de mi cámara, tenía los ojos de un café claro verdoso. El cielo me sonrió y me esperó a la salida de clase. Hizo lo que nadie ha hecho: me dio un abrazo con sus manos de aire. Después se fue, y tuve que esperarme al día siguiente para enfocararlo. Esta vez hacía rayones en los manteles de las nubes, le tomé una foto y me sonrió, porque lo tomé sin flash. Siempre me pasa algo cuando aprieto el botón, tal vez es falta de otro lente, más abierto, que tome el paisaje de todo mi horizonte, tal vez es necesario tomar también sus montañas y sus árboles.

LA CASA

Solté tus manos después de una palabra. Sabía que su sonido era de muerte súbita. Era peor que un beso imaginario.

Abrí la ventana solo para verte ir. Siempre dejo que la brisa pase y ocupe tu espacio. Le converso un poco de nuestros problemas. Le explico que estoy cambiando de casa y que es como enfrentar un incendio cada mañana.

Siempre busco mi ropa entre las bolsas, los zapatos arrugados, unas medias café y mi saco gris; a veces tengo suerte y encuentro una corbata. Voy buscando entre retazos la imagen del viejito que soy. Me miro al espejo, el que está quebrado en la esquina, saludo la araña del hueco. Y encuentro ese rostro cambiado de madrugada.

No hay un cartón que se parezca a mi casa, porque todos los demás huelen a humo de humano. Las tres haches (hhh), eso es lo que tienen las demás casas. La mía tiene en cambio ventanas. Las corto con el cuchillo del pan imaginario. Hago un boquete vertical, lo calculo con el árbol

de enfrente y ¡zaz! Tengo un panorama aéreo de lado a lado.

Mi casa es como un faro. De vez en cuando, llega ella. Sé que le gusta la sensación de vuelo que hay en lo alto. El viento sabe de nosotros, agita sus alas en la extrema punta del alba. Siempre revisa la casa, como buscando otra mujer en mi vida. Un papel, un rasguño, un mensaje cifrado entre mis dientes, siempre inventa algún modo de escape. Me mira a los ojos, abre su boca y el abismo se abre entre mis manos.

Regresa el día, soy casa nueva, y una vez más, me acompaña tu brisa en mi propio árbol de papel.

CAZADORES DE VUELOS

Viajamos al sur, las curvas mecen el auto como en alta mar. Mi padre maneja veloz, viene con nosotros el inspector de aviación. Todos hurgábamos el cielo buscándolos.

Miré a la derecha y ahí estaba, redondito como se ve en las películas. Me asusté al verlo, porque yo no creo en ovnis.

—Allá va —dijo mi padre—, y aceleró presuroso. Lo seguimos, mientras, apretábamos con los dientes el acelerador. De pronto un giro y otro. Desaparece detrás de los encinos.

Volaba bajito. Sé que estamos cerca. Pasamos la curva y encontramos un poblado de precaristas, nos acercamos. Parece que nadie vio nada.

Las casas están construidas de pedazos de lata y cartones de desecho. No hay pintura en los muros, todo parece un basurero hecho hogar. La gente nos mira, sospechosa. Se ven sucios y harapientos como olvidados por nosotros. Sé que algo anda mal.

Nos bajamos del auto. Caminamos hacia el único edificio de la zona. Todas las casas están una encima de la otra, el edificio no tiene escaleras, parece que esta gente construyó una rampa de tierra para cada nivel.

Entramos y todo es oscuro. Preguntamos por los objetos voladores y todos nos evaden. Llegamos a la punta, volteamos abajo y descubro entre las casas una bola flotante. Me adelanto para mirar de cerca. Sí, era un ovni o algo por el estilo. Pero está hecho de pedazos, como un tugurio volador. Se miraba tan lindo en lo alto, no sabía que los extraterrestres vivían con tanta pobreza.

Bajé corriendo por la rampa, tropecé con algunos objetos que no pude ver. Llegué al borde donde estaba mi padre.

—¿Los viste, papá?

Todo se había ido. Él estaba impávido. Ya no estaba el inspector, ni las casas, ni la gente. Solo teníamos en la mano un tatuaje que nunca nos habíamos visto.

UN ANILLO DE CAMBIO

El anillo tenía su mano delgada, una noche se fue, les tuvo miedo a los ladrones y se quedó en la bolsa de un enamorado.

Era un anillo de oro con piedritas azules. Los otros, ella me los dio, y me advirtió que los tenía que devolver. No les di mucha importancia, al principio; excepto al de piedritas lapislázuli, porque ese me lo dejaba yo a cambio de uno de compromiso.

No volvió, así que tuve que ir a buscarla. Ella lo sabía. Por eso me los dio. Pero un anillo es más que un aro en el dedo central del corazón, es un arma, concéntrica y letal, es donde se acrisolan las ilusiones de un hombre. Eso toda mujer lo sabe.

Yo cumplí mi parte. Le regresé todos, excepto el de piedras azules. Ese se quedó conmigo. Yo lo guardé con toda mi alma.

Ahora siempre tendré una ilusión en el dedo de la mano.

Anamorfosis

*A don Wilberth,
su envoltura de libros antiguos
y misteriosos pasajes interconexos.*

EL AMOR DE OLYMPIA

El viejo dejó su escritorio abierto, de plano, parecía que la biblioteca se había desbordado en las gavetas. Como un cuadro de Jackson Pollock hecho de notas a mano, dibujos al carbón, facturas, pedacitos de envoltura de confites, clips, recortes de periódicos antiguos, lapiceros de puntas multicolores, libros, muchos libros y cartas... Una de ellas se abre como un anagrama con escaleras al sótano, adentro, misteriosos tabernáculos medievales, allí los ojos del Pantocrátor se enlazan con lápiz a una línea que dice: *Esta copa es mía.*

Siguiendo un costado del papel, la roseta multicolor de Amiens nos conduce a su crucero amparado en sus profundas arquivoltas góticas; y a una tecla de distancia, las palabras apuntan a Egipto. Akenatón, Neferjeperura Amenhotep. La nueva fe de los faraones reina en muchas reformas del arte.

A un costado hay un escrito hecho a mano con ilustración, en papel seda, finamente doblado. Debió tener mucho cariño por este documento: 0,618 de Marcus Vitruvius Pollio.

Sobre un libro con escaleras cuelga Miguel Ángel en el cielo esculpido al fresco de la creación del mundo; al fondo, sus trazos versátiles conectan el andamio del inframundo doloroso de nuestro juicio final.

Entre todos los papeles, una taza de café bordea el escritorio, erguida como una pirámide: la exótica, perfecta, aplomada, siempre bella y mágica Olympia, desnuda como la quiso Manet, reposa en el espacio-fetiche central y alegórico que envolvió al viejo por años y lo mantuvo vivo.

En ella quedó impresa una frase antes de morir:
“Esta máquina de escribir te la heredo, hijo.
Ahora estos amores de papel son tuyos...”

LA ENTRADA

Él descubrió la anormalidad en los muros. Me dijo:

—De un lado las paredes miden un metro cincuenta más que del otro.

Me llamó y me pidió que le ayudara a investigar. Al entrar, ya sentí de plano el olor a madera antigua de cedro, finamente tallado en las cornisas llenas de símbolos y en los detalles de decoración de las puertas sólidas.

Me llevó al espejo. Uno que estaba en un amplio y bello baño-clóset, con un tapiz de diseños florales púrpura de pana sobre un fondo dorado; él me dijo que viera las caras en esos diseños, pero no logré ver nada...

Ya dispuesto a salir e irme, él me detuvo y me dijo:

—¿Lo ves?

—No —le respondí—, ¡no veo nada raro aquí!

Sacó su cinta métrica y empezó a sumar en el aire hasta llegar al extremo, donde efectivamente no le dio la cuenta.

—¡Ven! Ayúdame con el espejo —me dijo, e intentó desmontarlo.

—¡Estoy seguro que esta es la entrada!

Después de forzar el marco, logramos descolgarlo con la sorpresa de encontrar detrás una pequeña puerta...

Seguimos intentando ingresar hasta que logramos abrir la cerradura a la fuerza. Bummm... Había un espacio encajonado; y arriba, en el cielorrasso, tenía una entrada al techo. Me subí en sus hombros para poder ingresar y luego seguí un camino de barandas de madera hasta llegar a una especie de túnel vertical. Empecé a bajar y bajar... Todo cada vez era más oscuro. Ya no escuchaba su voz ordenándome...

Me devolví al encontrar la escalera llena de arañas y al hacerlo por descuido se me cayó la linterna... Nunca escuché que tocara fondo...

Al salir vi las caras en el tapiz como un holograma. Todas la paredes eran extrañas. Nunca la casa volvió a ser la misma.

Ya no estaba mi padre y por primera vez supe que en San José las casas se conectan con el mundo subterráneo que nuestros abuelos dejaron oculto entre sus paredes anchas.

EQUIPAJE POLAROID

Al inicio, solo encontré palabras sueltas, como las direcciones de un camino. Al cabo de unos meses todas parafraseaban alrededor de una fotografía. Tomé una lupa y busqué adentro una nueva frase que parecía borrarse con la luz. Pero justo cuando la tenía en el centro del ojo, esta se reescribió y no logré terminar de leerla.

En la foto estaba ella nuevamente, una mujer que se asoma en la esquina de la pared. Casi estoy seguro que ella es quien escribe los mensajes... No es sencillo enfocar una letra en la profundidad de campo, justo en el interregno donde los bordes dejan su nitidez absoluta y se esfuman borrosos con el fondo... Al acercarme a su rostro, lo único visible es el labio superior de la boca, nunca he logrado ver bien sus ojos.

Ella desaparece cada vez que me acerco. En su mano hay un libro, sus dedos apuntan a una ventana, no logro ver qué hay en la ventana, una sombra difusa escapa. Del otro lado está la única parte perfectamente enfocada de la fotografía. Alcanzo a ver en el fondo una máquina de escribir, muchos

libros con papelitos pegados y el bulto de un hombre grueso que mira de cerca una imagen.

Un recuadro colgado en el interior de la casa, que dice aún legible con letra diminuta: *Para atrapar basta con inventar una manera de transporte y encerrarla en un fragmento.*

LAS MANOS DE ADOLFO

He desaparecido algunas veces. A los cinco años, agarré mi ropa y me escapé de la casa, pero no llegué muy lejos. En otro momento, en una de mis rabietas, hice todo el teatro y me escondí entre los libros de la biblioteca. Todos me buscaron.

Aparecí seis horas después, cuando me dio hambre y frío...

Sin embargo, la mejor de todas mis desapariciones fue cuando tenía apenas dos años de edad. Y toda la familia estaba reunida en la casa. Había mucho ruido de la gente hablando y me costaba lograr la atención de mis padres. Fue allí donde menos pensé, donde experimenté esa transición al silencio. Solo tuve que bajar al cuarto donde se guardaban los confites y ahí estaba él en la cama durmiendo.

Era un cuarto pequeño de paredes de reglas horizontales de madera color verde agua, con poca luz y decoración. Me acerqué para tomar un confite, levanté en silencio la tapa del frasco de cerámica, metí tres dedos ágiles, pero en eso, ¡juaaaz!, el abuelo me sorprende!

Quedé paralizado del susto, cuando vi sus manos grandes moverse sobre mí. Colocó su mano derecha en mi cabeza por varios minutos. Luego me dio el confite y se volvió a dormir.

Durante horas, todos arriba me estaban buscando, la policía había explorado los alrededores del barrio La Paulina, mis tías buscaban en las casas de los vecinos y en el río, estaban desesperadas, nadie me había visto salir, nadie tampoco entró a hurgar el cuarto de Adolfo. Por ese único momento, simplemente me había vuelto invisible.

Ahora sé, además, que ese fue el día que murió mi abuelo.

COLECCIONISTA

Los siete perros anunciaron la noche. Feroces dibujaban un trazo en el aire con su aliento fétido. El coleccionista los soltó y pronto empezaron a rastrear los objetos que habíamos encontrado en el subnivel de zona 4. Después de tantos meses, no quedaba más que confiar en él y sus animales. Nos internamos en la oscuridad con tres linternas de querosén. Los animales se adelantaron cien metros, solo sus ladridos guiaban al experto hombre.

Llegamos a una especie de escalera circular de piedra, descendimos, ahí apuntaban las narices de sus canes. El ruido de los animales no me dejó escuchar sus palabras... Lo seguí de cerca, tomando una cuerda por baranda, que se aflojaba y tensaba en medio del abismo que abrazaba la noche.

Amarró los perros al llegar a esa especie de gruta.

—Aquí es —dijo. Puso las lámparas en el suelo y empezó a cavar.

En ese momento, dudé si era buena idea haberlo seguido. Su mirada de flagrante criminal, su tatuaje

de estrella de la muerte en el hombro, su mano izquierda con el cuchillo de sierra con mango de marfil gastado, las botas remendadas, el gabán antiguo y maloliente, los lentes rayados y su carie en medio de su sarcástica sonrisa, me hicieron declinar por unos minutos, quise salir corriendo, pero pensé luego en los perros y las linternas... No tenía mucha oportunidad de lograrlo... Así que me quedé a ver el desentierro.

Asomó la primera lámina de metal, su brillo en medio de la tierra y la emoción desbordó el torrente sanguíneo.

Habíamos encontrado la armadura rodante, una rara pieza con manijas y acoples móviles que según las crónicas de Herminio era un artefacto para traspasar los planetas de túneles.

—¡Claro! —dijo el coleccionista—, le hace falta solo el activador. Será continuar buscando ahora: el anillo zoomorfo.

BIBLIOTECA DE BARRO

Entré al bosque, caminé hacia lo hondo para escuchar sus sonidos casi como un canto. Todos esperaban, así es el ritual. Se debe interpretar la resonancia de ritmos y luego escribirlos en una tableta de barro.

De regreso, caminé por una madera ultradelgada. Debía pesar lo mismo que los días anteriores. Si se quebraba o se doblaba no podría entrar a la biblioteca subterránea. Armel tenía la ropa lista, me limpiaron con ramas, flores y plumas de algunas aves ciertamente exóticas. El pasaje era de un rectangular oscuro. Tres piedras en el suelo activaban el sistema de la puerta. Era mi cuerpo y las tabletas en sumada sincronía lo que permitía abrirla.

Justo ahí, recordé que al entrar al bosque, subí a la cima del dosel y la montaña. El viento se acercó a recibirme fuertemente, casi sentí que me llevaba levitando y me desmaterializaba. En medio, los árboles se movían de lado a lado en tremenda agitación. Los vi con sus hojas errantes cambiar de posición muchas veces.

El bosque es un misterio profundo, único en recuerdos de colinas y hojas.

Ahora todo estaba listo, solo debía entrar y colocar las tabletas en los muros.

Me detuve unos segundos antes de que sellaran la puerta. Y con la última luz alcancé a ver una única frase de barro: *El conocimiento es descubrir un lenguaje en nuestro cuerpo...*

PLATAFORMA PARA VER UNA CIUDAD BAJO SUS RUEDAS

Desde que llegamos a la casa no hace más que andar por ella en ropa interior, le gusta sentir la brisa, refrescarse como un ave que se lanza contraviento. Le he pedido varias veces que no se acerque al borde, que los vecinos la van a ver, así, medio desnuda, exhibiendo su profunda nobleza como un águila.

Se ha tomado el día completo para recorrer esta plataforma de concreto. El salón quedó ahora tan amplio sin marcos de ventanas, solo columnas y espacios abiertos. Pero ella dice que lo mejor es la altura. Fijamos, desde el inicio, la meta de las grandes pirámides mayas, erguidas sobre la medida de la copa de los árboles con su paisaje único flotando en el dosel.

Tatamán nos había comentado de este sitio espléndido, de las noches con vista a la ciudad incandescente, de los temblores; esta sensación deliciosamente aterradora cuando pasa un automóvil sobre el techo. Los camiones se sienten como una turbulencia oceánica, con sus motores feroces galopando en vuelo.

Desde aquí vemos también el aeropuerto, sus naves, sus hangares. Y todas las ruedas de la ciudad que pasan por nuestro techo.

Nuestra casa es como un trofeo. Seguramente del último habitante o de alguien que ganó algún premio por dejar este espacio mágico, escondido en el aire. Hasta tiene una placa que dice: *Echandi, 1972*.

CUADERNO DE NOTAS

Lidia abrió la página 22 e inició el reconocimiento estereoscópico de la proporción humana mediante la ilusión de una partícula menor, saltando la medida del cuerpo hacia adentro hasta conseguir el procedimiento necesario para el doblamiento del alma con tres cuartas partes de agua. Mantuvo la respiración y la soltó lentamente hasta descender el ritmo y escuchar la calma interna como un fluido corpóreo denso.

Tomó un sorbo del líquido, después otro y así hasta que abandonó el espacio y se sumergió en el cuaderno de notas. Sabía que todo era un lago que a la vez era un espejo quieto.

De lado, encontró un apunte algo borroso. Mejor dicho acuoso, como una mancha de tinta que se expande y funde, una salida en el costado del papel que se pronuncia como un túnel vertical con otras páginas saltando en desorden hasta la página 342.

Nuevamente el fragmento equivalente es la partícula menor. Pero en esta ocasión ponga sus pies sobre la tina, eleve el arco del cuerpo e

interprete la ondulación líquida como la puerta sensorial entre nuestra forma y el espacio íntimo.

En un reflujo Lidia se lanzó a otra página como una aguja, filtró con el orificio antes de cruzar y observó cómo las letras se acomodaban para su llegada, pero estas estaban secas.

Así descubrió que el agua es el conductor entre las hojas.

NAVIDAD EN CAIRO

Llegamos donde el tren se había perdido en el brillo de los rieles. Ya no quedaba mucho de la casa de Adolfo. Un matorral con cerca, antiguos basamentos de madera y las gradas a una puerta, ahora imaginaria.

Todas las mujeres se desdoblaron en una habitación con ventanas de madera, levitaron sobre el piso a un metro treinta de alto, encendieron el fogón trasero, la canfinera en el pasillo, se abrazaron en el borde de sus paredes ahumadas.

Una cortina floreada con estampas de la vieja y el corazón de yeso de un Jesús remendado, se levantaban aún gloriosos como salvados por el ñame y las raíces de otros tubérculos.

El negro Johnson nos describió cada parte hasta el corredor, incluso con el detalle, donde una vez el capataz le robó un beso a la niña Daisy.

Rodó, sobre la única línea de acceso a ese borde de tierra, el recuerdo de un metate de piedra envuelto con papel periódico, un racimo de bananos, una

gallina desplumada para sopa, una carga de yuca, cacao y malanga, el delantal bordado en los regazos de la abuela, los brazos de tantas mujeres cansadas sosteniendo el calor con la teta y el embrujo de un pedazo de patí repartido en once bocas.

Una señal de cruce de rieles herrumbrada mantenía vivo el rojo de aquel cuerpo extinto de ferrocarril humeante. Dos kilómetros atrás, una red de túneles se adentraba entre la montaña de piedras andesitas y calizas húmedas. Eran los tiempos de Tatamán. Abdul le llevaba frutas y flores a mi madre, los hijos del doctor la sacaban a bailar a ella y a sus hermanas en el único salón a un costado del comisariato. La noche se tomaba con aguadulce entre historias de terror al lado de una cocina negra de leña. Nadie quería salir a la letrina a treinta metros de la casa sin luz. El miedo estaba en la boca de los grandes. En la tenebrosa esencia de esta construcción con hendidias, típica entre aquellas bananeras de peones de finca, que los mantenía siempre atentos por una llena, el misterioso encuentro de una guaca o la mortal ranura con una terciopelo.

El portal de Johnson ocupaba media sala de la casa. Al lado unos sillones viejos con orificios remendados, un “cachimbal” de trastes de metal y pedazos de herramientas desgastadas, amontonadas en el corredor donde el viejo tenía visión completa a la línea férrea y del “apartado”, por aquello; a sus ochenta y cuatro años, decía: *Pero, ¿quién me hará la cruz, quién me va a sepultar a mí en ese cementerio?*

El niño Dios tenía un brazo quebrado. Pedro y María habían sido bellamente maquillados con algún betún en las mejillas.

—Mira la virgen, la inmaculada sin pecado concebido —y me señalan su estómago. Tenían pintura blanca con una textura granosa hecha con calicanto para los mantos. Engrudo para tapar goteras con ocre de diversos tonos, con caminos, laderas, ríos de celofán que, en suma, componían un acontecimiento mágico de tres niveles. Nunca olvidaré el camino de los soldaditos de plástico en línea simulando un avance hacia el pesebre, junto con los reyes magos —el negro iba de primero—. Le acompañaban los juguetes de sus hijos y todas las muñecas desahuciadas de sus vecinas menores: la despeinada, la tuerta, la manca, la renca, la mal vestida y la desvestida. La del maquillaje de horror con atuendo colorido subida a un carrito sin ruedas, el muñequito con cara de esqueleto, la unidad de bomberos sin bomberos, las ramas secas de alguna mata exótica. Las piedras pintadas, el musgo, las luces parpadeando como en un turno y mi tía Miche rezando: *Cruza tu sombra el amargo camino...*

El portal desembocaba en una especie de cajón iluminado, cual una escena de teatro antiguo, donde esperaban adentro la sagrada familia con todos los amigos de Disney y algunas figuras de ángeles y finos objetos voladores colgados con mucho cuidado y fe.

El rosario fue un murmullo adormecedor interminable. Se repartió rompope, sin alcohol para los niños, malanga frita con huevo, rosquillas y otras cosas que no alcancé a saborear por estar viendo a la santa virgen. Cruce al otro lado de la sala. Justo donde empezaba la procesión de muñecos de terror. Allí estaba Armel. Morena de luna, con su bello abdomen expuesto y una falda corta, blanca, bordada,

de trencitas con micro-colas multicolores y esos ojos profundos de negra furiosa adolescente.

Alguien tomó una foto. Con una Instamatic 56x, donde quedamos completos los dormidos, los cansados, los religiosos y los aburridos, aunque borrosos con el portal tan singular al fondo como el elenco de una escena clásica del planeta de los simios.

El tren pasa por Cairo a las diez, regresa de su trayecto por La Francia, Germania y otros pueblos que nacieron a sus márgenes, con el sudor de los obreros.

Cargamos el saco de yute con verduras y tubérculos, un tepezcuintle para saborear de lujo en San José. Todas las tías se despidieron con el temor de volver y no encontrar más a ese negrito mayor, bueno y lindo, con su camisa impecablemente blanca, su caminado despacio, el que hace las cruces de cemento y las recubre con calicanto, el que se encarga de enterrar a todos los difuntos de Cairo, el que afila los cuchillos y reparaba objetos viejos.

El que nos presta su casa en navidad para quedarnos.

El señor de los portales a la orilla de la línea del tren, donde conocí, por primera vez, el significado del abdomen de una virgen con el ombligo perfecto.

MICHO

Aparecimos en casa de Toyita. Había un tumulto y no entendí, de pronto, el porqué estábamos hoy amontonados como para un rezo. Reconocí a tres personas nada más. Aunque sé que estaba la abuela Daisy y mi madre. No las encontré, solo alcancé a ver claramente a mi hijo Daniel en su estado actual con bigote y barba.

Entendí que el tiempo en esta casa es un continuo sin punto fijo. Hoy era tanto como mañana o ayer. Estaban todos los que habían partido ahí con nosotros en familia. Porque hoy... Hoy es el día del abrazo con los muertos.

Hice fila naturalmente, todos queríamos llegar a ellos. Como los rezos a los que vamos empujados desde niños. De eso se trata. Una conexión en tres personas. La tía Toya es la continuadora del clan de los rezos. Ella es ahora la que hace cantar a los menores, la que lleva panderetas y villancicos y le imprime a la ocasión su estilo propio.

Estamos hoy aquí porque mañana se quita el portal. Caminamos despacio, uno a uno nos fue

tocando un difunto de la familia. Llegué al centro de la sala. Y la vi.

Dejé de verla desde hace veinte años, ya casi no me acordaba de ella. De inmediato sentí un agradecimiento enorme en mi corazón que, poseído en mis manos, me lanzó a abrazarla.

Aquí está Micho, con su pelito blanco, su cara dulce de viejita buena, luchadora, alegre a pesar de la vida tan dura que llevó. La que rezó tantos años como titular de la familia. La recordaba frente a San José, la Virgen y el Niño, entre lucecitas parpadeando y su voz adormecedora cantando “Dos arbolitos” con la abuela.

La abracé con suavidad, no me pude contener. Y por primera vez en muchos años reviví su cuerpo frágil de señora mayor. Quería abrazarla fuerte pero no hizo falta, ella me abrazó también. Detrás de ella está la tía Toya. La rezadora ahora oficial del clan, la reconocí porque por un segundo abrí los ojos. Y vi su linaje interconexo.

Bailé el abrazo como un vals dulce en el salón, Micho me tomó despacio. Yo le dije al oído: “Gracias, gracias, gracias, gracias.” No necesitamos más palabras. Ella se fue desvaneciendo lentamente entre mis brazos mientras continuaba agradeciéndole en voz baja.

No le había encontrado sentido al rezo. Tanta ceremonia de elaborar con ahínco la construcción con muñequitos, musgo, luces, ocre y piedritas.

Mañana quitan el portal. Habrá que esperar el abrazo del otro año.

MÁS VIENTO QUE PELO DE GATO

Camila, una felina restregada, una diminuta mota de pelo hilarante que me escala mientras intento atar un pensamiento a tu boca.

Bordea el escritorio evadiendo, silenciosa, cada obstáculo de estudio.

Se estrecha elástica entre mi cuerpo y tu cuerpo, nos traspasa con sus uñas filosas, hace tres cortes delgados indoloros. Junta un poco de nuestra sangre, la cruza y la destila lamiendo con su cortejo terso y milenario.

Se escurre por mi cuello, nos aplasta con su delgado esqueleto, hace un par de costuras insignificantes e imperceptibles.

Se lanza a tus piernas. Gatea en tu cuerpo y disfruta el olor de un zarpazo certero, con el arco apuntado, justo en el centro del alma de tu gato.

Ha repasado todas tus películas de acción, las comedias, las cinco equis, las de misterio, pero solo las de terror calzan sus colmillos. Es claro que

ha hecho mapas de tesoros y, entre tus dibujos, ha escondido una fortuna de nuestros recuerdos.

Poco a poco, todos los días nos vemos perdersnos uno al otro, en cada rasguño nos borramos sutilmente.

La cariñosa Camila, una gata alquimista, un cuerpecito bello que al parecer está aprendiendo a volar, sé que quiere alcanzar ya el borde de mi ventana. Aprovecha el ruido de la lluvia suave. Se lanza en un salto aritmético, calculado. Planea unos segundos en cuadratura de vuelo, desciende y lo vuelve a intentar. Se afana extendiendo sus uñas como alas...

Sé que nos ama.

Sé que es cada día más viento que pelo de gato.

CUCHO

Esta hendidura voladora de gatos por el techo semiherrumbrado en la cuña diminuta de terreno junto al corazón de Jesús, es ahora un constructo que se traga misterioso el espacio imperfecto desde todos sus vértices. Sus paredes, aunque descuadradas, se agrandan enormes en su interior. Fue construida en la posición exacta de un paralelo energético. Se dice que mi padre apuntaló los estacones de madera y arrancó con la fila de block de cemento hasta completar el laberinto. No sujetaron muchas cuerdas a los plomos, abrieron paso a la imaginación con ondulantes superficies que no alcanzaron coincidir unas con otras. Pasillos estrechos y oscuros, salidas que no llegaron a ninguna parte. Unas puertas dobles que daban directo al techo mirando el paisaje desgastado de aquel Guadalupe viejo con vista a la Paulina.

El entrepiso de diminutas proporciones se estiraba como una bodega horizontal donde guardaba holográficamente herramientas, tubos, pedazos de bicicleta, grifos de plomería, canoas, martillos, alicates, brochas de pintura, tarros, envases, un par de

escaleras dislocadas y unos cuantos muñecos rotos escondidos por su desafiante fealdad.

Al centro, la escalera dimensional en caracol como el diseño del paracaídas de Leonardo Da Vinci en espiral áurea creciente. Obtenida casi desde infierno en un negocio que realizó tras el incendio de un viejo bar de la ciudad. Allí practiqué por primera vez los saltos para invisibilidad. Justo cuando encontré el espacio debajo de aquellas gradas a la par de las esculturas de Domingo y el sensual rojo sexy de los peldaños por donde alguna vez se deslizaron las piernas de alguna señorita.

Los cuartos del segundo piso contenían algunas rarezas. Al centro un bloque de completa oscuridad, con un diminuto tragaluz, que en el día parecía un calabozo con una ventanilla al cielo y de noche un ataúd con una escalera de madera al más allá. Había otro cuarto pequeño, el de Daisy, con ventanales en dos costados y un clóset de puertas corredizas en verde agua, por donde encontramos muchas veces escondites. Otro cuarto tenía un par de puertas-ventanas. Era un bocado en la pared para ingresar los objetos pesados. También era un espacio para traspasar el techo y escuchar las voces distorsionadas de los vecinos.

Al fondo un cuarto grande, desangulado. Allí tenía Daisy, la clásica negrita Singer para hacer sus costuras. Una cama individual para las visitas. Un cajón de indescriptibles colores y texturas donde guardaba los retazos. Nunca olvidaré el olor a la tela nueva, la suavidad que sentía al hundirme entre los pedacitos, esconderme, tocar las diferentes calidades y grosores. Su sabor a hilo. Una profundidad sin límite que

se desdoblaba en ese cajón. Mientras el trac trac trac de la máquina perforaba, continua, aquella estancia donde abuela hacía la alquimia de los muñecos de trapo. Allí en ese cuarto del fondo nació Cucho. El más valiente acompañante de mi infancia.

Pasó por todo el proceso modista de elegir su traje. Daisy lo diseñó como un personaje elegante con telas bien escogidas, de finos detalles. Camisa a rayas, pantalón liso con un sombrero a la usanza de los años cincuenta, algunos detalles bordados, la nariz, siempre un botón destacado que le habría sobrado de alguna prenda de un cliente. No les ponía orejas. Sino un pelambre que cubría la cabeza y dejaba cubierto ese detalle extrahumano. Tampoco dedos, de manera que esos personajes algo sintéticos se adelantaron varias décadas a las películas de ciencia ficción.

Cucho me habló a los seis años. Claramente conocía el entrepiso y sabía de la cantidad de pequeños carros de colección que estaban extraviados allí. Me había estado estudiando por dos años. Conocía mis movimientos, mis palabras. Me sedujo a investigar entre las paredes. Fue así que, siguiendo sus instrucciones, me colé por el piso hasta descubrir el Valle de Hartan. También ahí encontré algunos rollos de pinturas abstractas de mi padre. El cuaderno de Lidia con un dibujo casi borrado del anillo zoomorfo y un mapa incompleto del Templo del Espíritu del Jaguar. Es claro que en esa época no entendí que Cucho era extraterrestre, tampoco la relación de esta casa con el resto de mi existencia multidimensional. Pero sí comprendí cómo encontrar un camino claro hacia la invisibilidad, partiendo desde las gradas en espiral cruzadas por la hendidura del techo en diagonal hasta doblarme en el triángulo ondulante de las superficies

verticales, pasando por el laberinto de túneles hasta llegar a la sala donde estaba la urna de madera, ahí justo donde Adolfo dejó una confitera y una enorme cantidad de discos de 45. Es donde encontré oculto el pasaje del filamento energético. En el mismo punto donde Cucho apostó sus manos que nos veríamos en otra vida.

MAR DE PAPEL

Extiendo el papel como una frecuencia del agua. Lo humedezco y lo suelto en el mar hasta que se pierda en ese vuelo horizontalmente infinito. A veces lo retomo varias semanas después, me voy nadando hasta encontrarlo. Lo reviso con cuidado, tratando de no perder las capas de sedimentos de arena, troncos, peces, estrellas de mar, caracoles y conchas atrapadas a la deriva. A veces tengo suerte y queda enganchado un barco antiguo, algún encaillado velero con piratas, alguna sirena virgen, algún navegante colega de otro tiempo.

Siempre capturo un atisbo residual del cielo que se dispara con la lluvia, una fuga tonal que destila los costados que me siguen. Una herida de arrecife transparente encantada con la magia.

Hago trazos largos hasta ahogarlos en las ondas de ballenas sempiternas. Zarandeo un poco, dejando que se derrame el cardumen, lo diluyo en la mezcla de colores aglutinados con el vuelo de pelícanos.

Unas gaviotas me pelean la superficie en primer plano en acuarela. Mientras las esponjas texturizan las cavidades del papel, la mancha que se entremezcla sin bordes con las transfusiones sanguíneas del color.

Una odisea de tonos navegantes. Seguida de la necesidad del asombro de encontrar una anómala gran serpiente marina, un calamar gigante o el fósil viviente de un celacanto. Será el destino misterioso que me lleva siempre a la criptozoología de pintarme en el mar con mi propia especie extinta.

COMPARTIMIENTO 36

Abrió el compartimiento de madera. Una pequeña cajita con gavetas que se aferran a un fondo con texturas de conchas. No pude intuir qué tan mágico iba a ser este niño en la vida. Estaba tan entretenido resolviendo el mundo que no vi que él había juntado por años una colección de objetos y animales exóticos.

Sacó de su bolsa una diminuta llavecita cobriza. Y me dijo: “Papá, mira qué tesoro”. No sé cómo ocurrió, fue sin culpa... Me asusté mucho con esas palabras que me dijo... Corrí de inmediato a ver qué tenía ese compartimento. Me asomé, pero al acercarme me dio vértigo. Se trataba de un espacio tan hondo que no me coincidía la física del espacio y la profundidad en medio de su pequeña manita. Me acerqué, mejor despacio, a observar esa ventanilla No. 36 y cuál fue mi sorpresa de ver un animal extrañísimo moviéndose, abriendo su mandíbula como un lagarto. La verdad no sé si era un tigre o un perro, o un canguro, o una cebra... Era un animal mezclado. Como salido de un laboratorio de exploración genética.

Le pregunté a David qué era. Y me respondió extremadamente alegre: “¡Es un tilacino! Lo atrapé ahora el 7 de setiembre, casi para mi cumpleaños. Fue increíble, papá. Solo estaba jugando con mis manos en el agua, ¡soñando despierto!, y en eso abrí un poquito los ojos y lo vi retorcerse en el embudo del grifo. Salió así nada más y estaba muy resbaloso. Por poco se me escapa. ¡Pero lo agarré en su descuido antes que me mordiera! Es lindo, ¿verdad?”

No podía creerlo, tenía ahí un animal, un ser veloz, tan extraño como embrujado de especies.

Sostuve la caja por un largo rato mirando a ese animal que se movía inquieto. Caí en cuenta que ese pequeño apartado de madera era el conglomerado de las latitudes congruentes de frecuencia. Me fui al estanque del agua y me senté a observar el grifo. Pronto empecé a ver cómo se transformaba de crisálida a flor y de su pistilo brotaban muchos seres rarísimos. Alguien, en algún momento de mi vida, me advirtió que en el agua la rítmica de la forma se funde con el alma, solo era cuestión de aprender a escuchar el sonido preciso para saber el momento en que debemos abrir los ojos.

Hasta ese momento aprendí lo que mi hijo había descubierto tanto tiempo atrás. Solté a tilacino en el estanque. Le indiqué a David lo importante de dejar fluir la vida a otra dimensión. No me arrepiento de haber hecho eso. Ahora solo observamos las especies más extrañas del universo refractadas cuando salen de ese grifo, como un embudo cósmico que surca el cañón profundo en nuestras manos cuando tocan y remueven el agua.

EL CUARTUCHO

A Fray Seráfico

Amanecer es una fila de pájaros dorados en canto, un crujido de hormigas bajo el rugido distante del sol en la montaña. Y la ventanilla de silencios de un pentagrama, conduce a las escaleras a una antigua biblioteca medieval.

No puede haber más amplitud en las hojas de un claustro que se desdoblán en los escritos de un cuartucho de experimentos desde la infancia.

Me lleva apresurado el vapor de una locomotora reciclada hecha de latas de aluminio, pedacitos de corcho y alambre, meticulosamente ensamblada con detalles de realismo y funcionabilidad. Sus anotaciones, con una caligrafía diminuta y audazmente apresurada, encuadradas a mano a la par de los bosquejos de práctica, inmerso en un laberinto entrelazado del escombros de cientos de recipientes llenos de sustancias desconocidas.

Se adentraba a un recinto parecido al cubículo de un ascensor al inframundo. Oscuro, apenas iluminado con una lámpara. En su interior el espectro de un ha-

cedor de otro tiempo. Sus pigmentos perforando con empastes la profundidad de los cantos gregorianos, un compartimiento de paisajes hondos pintados desde un realismo romántico. Y cientos de ideas disparadas en una explosión subatómica esparcidas en papelitos pegados en las paredes, el techo y hasta el piso. Plegados al multiverso de una indefinible mesa-cajón-escenario, un escritorio destartalado en su cosmos, entronado con la colección maravillosa de las lentes oftalmológicas del abuelo, que nos permitió una mirada oblicua y distorsionada del mundo en sus cóncavas y convexas ideas discutidas aguerridamente.

Tocó aprender desde los libros, ahondar en las técnicas tradicionales de la pintura al fresco y al temple. Observando los trazos de los maestros y experimentando una y otra vez, hasta lograrlo. Así pintamos muchas veces. Y discutimos más. Nos hicimos aprendices de textos antiguos, decifrando intrincadas recetas medievales y renacentistas, investigando en la naturaleza de los pigmentos originales empleados por los grandes artistas de la historia.

Fueron muchas la combinaciones fallidas y paredes perdidas, las que tuvimos que picar y repellar hasta encontrar la proporción exacta de cal y arena para un mural al fresco, o para encontrar el balance de aceites, yema y pigmentos que permearon lo sutilmente mágico en lo translucido de un tono al temple.

Cada uno desde su trinchera sumergió las manos en aquellos ocre y tierras en la fe de una molienda con sus morteros secretos.

Comprendí que ese cuartucho acrisoló una alquimia excéntrica de desmenuzar ontológicamente cada compartimiento posterior que encontré. Nunca un

cajón fue poco menos que misterioso; y resultó que, vivimos encerrados en una dimensionalidad de compartimientos, desde una casa, un archivo de oficina, una billetera, la guantera de un automóvil, la bolsa del que está al lado, la caja de juguetes, el edificio donde vivimos, la computadora donde nos metemos, la gaveta del escritorio, el capítulo de un libro. Una cantidad de retazos amarrados por las experiencias en los compartimientos de una intimidad repleta de hilos tejidos desde todos los cajones consultados.

Pronto la máquina pequeña de proyección de cine mudo se convirtió en un oficio que le distrajo por algún tiempo. Luego el silencio de su propia película, lo pasó a vivir adentro, dimensionado en su rollo imaginario, espiritual, profundamente prolífero y creativo.

Siempre supe que la búsqueda de Dios era su camino. Estaba claramente detallado en el trazo de sus pinturas, sus espacios, sus pensamientos.

La última filmación de ese loco que tengo en la memoria, pues ya no tengo más que el proyector posible y virtual de la mente, es aquella, la del mural al temple. Ese mural que casi nos cuesta la amistad.

Siempre tuvo un genial argumento para discutir. Y ese fue uno. Pintamos una pared de cinco metros de largo por tres de alto, sin previo diseño, sin acordar que haría cada cual, sólo el placer de pintar cada uno lo suyo compartiendo el mismo espacio. Él con sus ángeles y transparencias celestiales; y yo inquieto con mis demonios retorcidos en ocre y claroscuros en perpetua lucha espiritual. Su disciplinado y pausado proceder chocaba con mi disparatado y veloz caos. Nos debatimos por ocupar y defender la

toma de la superficie en blanco. Una guerrilla técnica, bien llevada por la amistad. Aunque no dudo que mi tenebrosa personalidad le atormentara. Lo noté cuando empezó a llegar más temprano y avanzar en contrapeso.

Así pintó un joven ejecutando el piano transparente bajo la sombra de aquel poderoso árbol que se asomaba en la defensa de una natural existencia, rodeado de arbustos místicos y una floresta imposible. De donde emergía seductor en contrapeso una de mis tenebrosas figuras al desnudo, pintadas en ocre, de aspecto nauseabundo, reclinándose en las rocas, estirando su mano derecha, la que intentaba alcanzar al ángel que flotaba, que él pintó tocando una flauta transversa. Tan musicalmente santo sobre mi moustrosa tiniebla. Atrás, mis montañas de piedra, de una sequedad desértica se fundían con su típico blanco celestial renacentista.

Ese mural al “Temple” con las yemas y aceites mezcló bien nuestros temperamentos terranos y celestiales. Quizá un sello de todo atormentado excéntrico que revolotea en el caos de un cuartucho de experimentos, como la necesaria caja anticitera con los múltiples agujeros que nos atraviesan, una composición de elipses que orbitan con satélites y planetas, nebulosas y meteoros. Mientras una pintura en la pared es un retén que se defiende todavía de todos los demonios.

Muy tarde comprendí que él siempre que pintó conmigo me había salvado.

TRANSFIGURACIÓN

A un año de tu muerte no se cuál de los dos ha muerto más. Me sepultaste en este ataúd de libros y no dijiste una palabra de tus embarcaciones náufagas. Me regalaste una casa vieja llena de aprendientes, la chaqueta de cuero, tu escritorio, tus trajes, tus zapatos y tus deudas. La calavera en tu oficina y una cantidad de apuntes inconclusos. Las esculturas de Olger, los vitrales y el centenar de pinturas por restaurar.

No dijiste nada, nada de los libros con las notas a mi nombre. Te quedaste en silencio con esa mirada clavada y firme, sin parpadear, ¡y te transfiguraste en mí como lo habíamos planeado!

¡Ya no estamos muertos, papá! Tampoco vivos. Seguimos en este tránsito secreto con togas antiguas. Encontramos a Leonardo y Miguel Ángel. También la geometría oculta de Fra Filippo Lippi. Apuntamos en el espacialismo de Lucio Fontana y en el penetrable de Soto las inconmensurables fisuras del minimalismo contemporáneo.

Yo te reconozco en los murciélagos de Germaine Richier y en el caminante de Giacometti con su desgastado cuerpo hacia delante. Te transfiguras con la historia que ahora es mía, donde comienzo por fin a conocerte.

Ahora Olympia escribe con cinta una carta para mis muertos, en la narración interminable de tus escritos donde vuelas, porque siempre quisiste viajar leyendo sin fin hasta a tus ícaros y quemar los ojos en tu sillón doblado.

Así fuimos a la India, a Egipto y a Perú tres veces. Así cruzamos las galaxias y nadie se dio cuenta que sabías hacer dulces y melcochas. Que vendías periódicos en San Ramón. Que me regalaste el primer libro de cuentos, el de El Bosco a mis 23 años y sólo cinco más. Para qué más, si ya habías planeado con la muerte dejarme el laberinto en los quince mil libros de tu biblioteca.

Pero tus ícaros siguen aquí pintados constelando esta casa llena de pasajes. Una escalera al sótano y otro túnel con fantasmas.

Estamos tus tres hijos y mi madre insertos en tus cuadros voladores. Esas luminosas ciudades de circuitos de otro mundo, interconexa en tu puño apretado en mis manos, sosteniendo la mirada atávica de claroscuro permanente.

Baja frecuencia

*A todas juntas
en un solo cuento
hecho pedazos.*

PIANO FLOTANTE

Todo lo que tocas es vibración en el universo. Un vuelo que cae abriendo los brazos. Una cuerda que se percute transparente entre las frecuencias graves. Será que la blancura de tu piel se estrella en el aullido de este piano sin rumbo. Y las teclas que muerden me están aquí ladrando. Será que esta ráfaga es una mudanza rompe bocas en la pregunta dulce de una sinfonía a quemarropa. Donde todo el universo al tacto es nostalgia en las hojas. Un abrazo potente frente al bosque. El roce de la lluvia escrito en llamarada. Un diapasón de serpientes colgadas en silencio.

Tu sonido es fuga. Una explosión de mi sangre, un orificio pirómano en la resonancia de esta madera antigua. Una frecuencia estremecida en mis manos. Un astrolabio de tonos profundos, livianos y volátiles. Ligeramente peligrosos.

¿Por qué será en tu voz como en mis ojos donde no queda un dibujo posible, ni una línea que no se dispare e interprete?

¿Por qué esta sinastría en la nube nos condujo?

¿Por qué será tan “incendiable” que todo el universo se desdobra flotando en un piano?

Todo lo que tocas es sonoridad de dragón, un aturrido aleteo, feroz y divino, un beso de Beethoven en la infinitud del tinnitus.

BAJA FRECUENCIA

El gran problema de quedar sordo es la imaginación. Ese hundimiento lento hacia las frecuencias submarinas y distorsionadas que, poco a poco, empiezan a inventar los sonidos que uno quiere... Una pérdida obligada donde cada boca se vuelve una delicada esponja roja de dulce locura, abierta en hormigueo, parafraseando el salto desde la punta del lápiz hasta las letras con que grito en un papel. Seguido del invento acomodado de la risa o del morbo que hace estragos en la ternura del extremo donde aprieto el borrador del lápiz. Esta pelotita rosada, tan suave al tacto. Tan tersa como un pezón. Que es tan casi húmeda y púdica. Mientras la boca de Armel articula su discurso ventrílocuo en el oscuro cajón de mi sonrisa.

Siempre hay un transporte holográfico de vértices sonoros, un dispositivo emergente en cualquier costado de un papel vibrando debajo de las nalgas hasta la punta del borrador.

Siempre el lenguaje se reescribe con grafito en su pico.

Siempre hay una frecuencia más baja y bajísima.

Siempre una mujer nos borra.

30 HZ

Ella dejó su manojó de recetas médicas y se internó en la mano. La vi dibujar surcos con el bisturí.

Inicia con la entrada a *los cuatro libros de la medida* y, sosteniendo la herramienta como un buril, corta la dermis suavemente y se adentra por cinco años en mi cuerpo. Ella trazó, punto a punto, hasta completar el intervalo perfecto de la justa proporción. Parecía que la longitud de su onda trazaba los dibujos al inverso del cuerpo, como operar en la noche con Durero destilando cada palabra en lo invisible.

Al principio no me enteré de lo que había hecho, pero al pasar los siguientes cinco años, claramente escuché el zumbido permanente vibrando en la noche y transmitiendo desde todos mis costados como una antena.

Su suave señal disparada por el cosmos.

MINNETT

Una nebulosa se esconde en el cuadro, oculta entre el desnudo de un ángel. Abrazada entre el bosque abandonado en esperanto. Una nebulosa asoma su polvo cósmico de mujer preñada de estrellas. Con su muslo carnoso levanta la falda sentada en el columpio. Atrás en perspectiva se aleja la mano del pintor.

Él siempre viajó con su nave, rodando con la lluvia que pasa y moja esa gema de colores fugaces. Se adentró al ventarrón fresco de árboles.

Al fondo, dejó pintado el saíno salvaje, como una oscura sorpresa en medio del zodiaco. Ese salvaje ser y a la vez tesoro lleno de flores aplomado en el encuadre áureo. Fragmentado por el lienzo en diminutos puntos de fuga. Sólo perceptible mientras sostiene la respiración hasta morir con ella en su visor de espectro electromagnético.

BANDA ULTRAVIOLETA

La única luz visible se atora en tu vagina. Se distorsiona el cuerpo que entra en frenesí. Yo te veo bailar suave. Seguir el magnetismo que nos acopla sin tocarnos, la onda en expansión que se pierde con tu mano tendida en el agua como muerta. Te veo pasar como banda de color disminuida. Sesgada con el tacto. Una silueta oscura que se ensancha con el vértice. La mancha en paralelo que me hace envejecer como un niño.

Este es el viaje de mi infancia. Un cajón solapado, perdido en el polaroid que se desliza entre los rayos de un aro que da la espalda y espera.

A lo lejos, tu desnudez implacable empuja los fotones hasta expulsarlos de mi boca. Una columna queda enroscada entre la luz de antiguos negativos.

Estiro el espectro como una seda negra. Giro la imagen acuerpada en el enfoque de un lente. Te amplifico como una antena donde se imprimen con halogenuro de plata los costados de mi cuerpo. Siempre quedo ondulando en el relámpago de unos segundos

terrenos. Nunca sé si el tiempo será suficiente. Si los detalles quedaron expuestos o subexpuestos. Si me faltó contraste. Si finalmente quedó fijado en mi organismo fotosensible.

Solo puedo desaparecer para aparecerte. Este es mi mejor acto de magia. La verdadera razón de meterme a este cajón de penumbras que descubrí desde mi niñez. Aquí, mientras un rayo refulgente atraviesa mi cuerpo. Desde el agujero de una aguja, tu retrato se desdobra en la oscuridad de un beso.

Es la forma de esconderme de la gente para verte en el único fragmento de luz, donde encuentro aún la imagen de tu unísono mordisco ultravioleta.

EFECTO RESIDUAL

Esa canción me jala de un costado. Su efecto alucinógeno me desplaza suavemente al multiverso. Me conecta a tu ombligo y desde ahí escucho el resto de órganos de iglesias sonando por los templos. Siempre un gorrión perturba tu voz. La resonancia magnética que nos imanta desde el cabello que se eriza y los poros alterados, bestialmente corrosivos.

Nunca dejas de ser luz visible entre ondas terrenas. Y partícula del cosmos espolvoreada en el control aeronáutico de las nebulosas.

Esa canción me ombliga a tus labios y al pezón transparente de la vía láctea.

Aletea el gorrión y la carcasa de herrumbre de un planeta te mira roído y extraviado. Pero esa canción se esparce entre acéfalos residuos de monstruos y dioses. Un generador psicotrónico que se empodera de la mente. Permea la cartografía de los cuerpos como una señal intermitente, un transmisor telepático, una antena humedecida en la gráfica fantástica de los seres perdidos.

Esa canción la bailo, con la mayor ternura y dulce lentitud en el espacio, mientras todas las personas que amé se empiezan a borrar en lo invisible.

EL DISPARO EN TUS OJOS

Esa línea egipcia cruza también mis ojos. Se mece si te vas. Me disipa si me duermo. Me lleva si me tocas.

Es siempre trazo a la distancia en que me piensas.

Esa línea se inventa en el agua si estás triste, garabatea en tus ojos o se anida como pájaro. Nunca tiene una dirección precisa y se puntea, impresionista como un disparo de polvo.

Otras veces, arranca su piel y muda, se enreda en mis ojos y órbita como petroglifo. Se anilla en algún astro indescifrable. Se hace cometa y cómplice en su infinita raya celeste, buscándome.

PUERTAS ABIERTAS

El cuerpo tiene su memoria en el tacto. Levanta un remolino de polvo en los brazos, siempre modela tus ojos entre las montañas. Prefiere invisible una gota sin huesos, un vuelo en caída libre, un río susurrante de amor en el viento.

Ella, una huella en los poros. Presente humedal en el dosel del bosque.

Ella esculpe una pata de elefante en la bañera. Se asoma subreal, desnuda e irreverente.

Ella, la valiente, laboriosa hasta en el sueño. Me ve llegar y atrás nos sigue su perro dinosaurio como un carcelero dentado al que acaricio con miedo.

La toco... y ese hilo de plata nos vincula desde nuestras casas en paralelo.

Ahora los árboles surcan la vejez, nos escriben y dibujan líneas en el aire. Un torrente de savia intravenosa se plantó en el musgo que crece entre la piel.

Vuelvo a ella en la neblina como una pantalla borrosa que se asienta en el frío de alcanzarla con mis manos.

El olor quedó en las yemas de los dedos. Adictivo concomitante de aquel espacio lleno, donde Armel... nunca cerró la puerta.

AMAPOLA

*Por eso, aún busco su arborescencia,
en donde tantos pájaros gorjeaban.*

MARIO ALBÁN CAMACHO

La amapola es un corazón desgarrado. Una erupción desbordada en los rojos de tu cuerpo, con una tormenta adentro de aves devoradas en tu boca. Y ese corazón se hace flor y volcán de pliegues mordidos en la inestable sombra de pájaros rupestres.

No hay hondonada más caverna de fantasmas mirando desde su embudo, donde permaneces cautiva en tu desnudez atávica. Y donde brotan sobre el contorno de sus bordes sutiles, las mariposas y los labios.

Siempre un mástil, un pistilo, un dardo en el centro arborece en su corazón. Y como un delincuente la explota.

Mi niña, dónde están tus pájaros y bosques, si el agua del mundo se la comen tus palabras. Y no queda más que un grito de rojo amapola.

PROFUNDIDAD MAXILAR

Me encanta tu mordisco. Tu marca forense que me reclama como cuerpo y me ama desde el alma hasta tus dientes. Ese tatuaje temporal que se imprime y se forma con tu boca, prensada como un lagarto que me encierra y me atrapa por segundos en tu lengua.

Me gusta la roseta gótica de tus dientes en mi piel, un vitral que emerge con tus colores intensos en la profundidad maxilar contorneando mi corazón como una iglesia. Un grito transferido que se tensa, vibra y se hace visible. Un sonido tenue e incisivo percutiendo la dermis.

Tu boca, de loba, de loca, de piraña, de dinosauria con tus huesos apretando hasta ahorcarme de amor rupestre y donde tus manos quedan pintadas en las cuevas.

Tu inmensidad hecha boca. Un beso mordedor hasta tu marca y firma.

CELACANTO

Hay un punteo, una señal, una línea de ternura que arrasa con una pincelada las imaginarias barcas y cruceros en medio de la longitud permanente e invisible.

Un trazo en el agua donde los peces se vuelven transparentes y se hacen océanos.

Pero yo, tu ebellatrix, cruzo en medio de las naves de los locos y te beso, me sumerjo hasta la *Fosa de las Marianas* y reaparezco al otro lado del mundo como un fósil aleteando en tu boca, en ese mar que endulza una acuarela y se ondea en tus ojos negros.

DEL HOMBRE, TÚ, LA ARAÑA Y TODOS LOS ANTIHÉROES

Una araña se tensa en tu boca. Punza el ligamento de una cuerda en la garganta y grita con mi cuerpo. Sus patas rasguñan el esófago y me engullo con ella en ti.

Quizá siempre he permanecido enredado y ya no reconozco cuál es el hilo que me devuelve, porque todos los filamentos se hacen una masa amorfa peluda que atraganta.

Quizá mi grito por eso se enreda contigo como una cuerda floja que camina en equilibrio. O se apuntala como ballesta. O me revienta el tímpano hasta el galillo con el timbre de un beso (peludo y de espanto).

Quizá siempre tragué tu cabello desde niño y lo escupí como una araña.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
AGRADECIMIENTOS	15

LONGITUD DE ONDA

OCTAVAS INFRARROJAS	19
I. NIÑO REY	21
II. AVENTURERO DE LAS NUBES	23
III. IMPREDECIBLE CÓSMICO	25
LAS CRIATURAS.....	27
PAISAJE.....	28
CASA MADRIGUERA	29
KUMA	31
AMANECER.....	33
ENTREPISO DE LA PAULINA	34

LOS INCENDIOS

DEL DIABLO PÁJARO A LAS HORMIGAS ELECTROCUTADAS	41
LAS TENTACIONES DE SAN ANTONIO ABAD	45
LA MESA DE LOS PECADOS	48

CAÍDA LIBRE

PARAPENTE	59
LOS AVIADORES	61
ZAMBULLIDA.....	62

CAÍDA LIBRE	64
ROJO.....	65
TRAJE GRIS.....	67
EL ALPINISTA	69
OSCURO	70
LA ÚLTIMA NUBE	72
EL GATO BLANCO	74
EN ALA DELTA	76
AEROPUERTO	77
ARMEL	78
UNA VISIÓN DESDE ABAJO	80
SUEÑO RUDINISTA	82
PAISAJE.....	84
LA CASA	85
CAZADORES DE VUELOS.....	87
UN ANILLO DE CAMBIO	89

ANAMORFOSIS

EL AMOR DE OLYMPIA	95
LA ENTRADA	97
EQUIPAJE POLAROID	99
LAS MANOS DE ADOLFO	101
COLECCIONISTA	103
BIBLIOTECA DE BARRO	105
PLATAFORMA PARA VER UNA CIUDAD BAJO SUS RUEDAS.....	107
CUADERNO DE NOTAS.....	109
NAVIDAD EN CAIRO.....	111
MICHO	115
MÁS VIENTO QUE PELO DE GATO.....	118
CUCHO	120
MAR DE PAPEL	124
COMPARTIMIENTO 36.....	126
EL CUARTUCHO.....	128
TRANSFIGURACIÓN.....	132

BAJA FRECUENCIA

PIANO FLOTANTE.....	139
BAJA FRECUENCIA.....	141

30 HZ.....	143
MINNETT	144
BANDA ULTRAVIOLETA.....	145
EFEECTO RESIDUAL	147
EL DISPARO EN TUS OJOS	149
PUERTAS ABIERTAS	150
AMAPOLA.....	152
PROFUNDIDAD MAXILAR	153
CELACANTO	154
DEL HOMBRE, TÚ, LA ARAÑA Y TODOS LOS ANTIHÉROES	155

Impreso en los talleres de la Editorial Arboleda,
500 ejemplares. Setiembre 2016. San José, Costa Rica.